

*El sueño
de
Elizandre*

M.H.Bañón

EL SUEÑO DE ELIZANDHE

M.H.BAÑÓN

Ninguna sección de esta obra puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a impresiones, extractos, fotocopias, grabación o cualquier otro tipo de medio de reproducción, incluidos medios electrónicos. Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

De la obra: © M.H.Bañón

De la edición: © M.H.Bañón

De la cubierta: © M.H.Bañón

mayssunhalah@gmail.com

X: maysunhalah

Copyright © 2024 M.H.Bañón.

Todos los derechos reservados.

Registrado el 17/ 01/ 2024

Número de registro:**2403167348547**

Todos los derechos reservados.

A mi esposa e hijo: Gracias por caminar junto a mí cada día, por hacer que me valore cada día un poco más. Gracias por soportar mis malos momentos, por sostenerme en los que siento que caigo y por impulsarme cada día con vuestro apoyo incondicional.

Cruce de caminos

¿Alguna vez has sentido que la vida te manda señales? ¿Que cada uno de tus actos están orquestados por esos hilos invisibles del destino, que te llevan sin tregua hasta un abismo enorme? Millones de cuestiones de este tipo pasaron por la cabeza de Elizandhe. Su mente funcionaba como una gran tela de araña, tratando de encontrar la conexión a todo cuanto vivía. Aún no sabía que todos los pasos que daba la llevarían al mismo camino, estuviera donde estuviera, a cualquier hora, en busca de alguien a quien, aun sin conocer, sentiría que debía encontrar.

Hacía poco más de tres meses que se había trasladado a la ciudad. Necesitaba un cambio en su vida y tras la muerte de su madre, ya nada la ataba al pueblo donde se crio. Empaquetó sus pertenencias junto a sus sueños rotos, su corazón herido y un gran halo de tristeza, y empezó a cambiar su vida. Las primeras semanas fueron las más complicadas. El traslado, el comienzo en un nuevo puesto de trabajo en una cadena de cafeterías, el estrés de la ciudad, que también agradecía, pues eso le permitía dejar aparcados los recuerdos mientras se distraía navegando a través de la mirada de las personas que la rodeaban.

Su abuelo solía decirle que mirar fijamente era de mala educación. Una mala costumbre que seguía manteniendo a sus treinta y cinco años.

A veces, se perdía en una mirada ajena hasta que la sorprendía su objetivo y la vergüenza la hacía desviar la mirada a otro punto alejado del motivo de su rubor. Otras veces, simplemente seguía mirando en la misma dirección, tratando de aparentar que miraba hacia otro lugar y se deleitaba con las caras que ponían. Algunas veces mostraban sorpresa, otras veces sentía la tensión que se creaba al sentirse observados, pero hubo una que la descolocó por completo.

Volvió a casa después de una larga jornada de trabajo, su espalda pedía a gritos un descanso. El tren estaba abarrotado, así que se colocó como pudo con la espalda apoyada entre las dos puertas del vagón y se dejó caer hasta quedar sentada con las piernas recogidas en el suelo engomado. El vaivén del movimiento la relajaba. Cerró los ojos un instante y cuando los volvió a abrir, se encontró con aquella mirada. Tuvo la sensación de que el tiempo se paraba, que los sonidos se apagaban a su alrededor y las personas que llenaban la lata de sardinas en la que viajaba, se desvanecían lentamente. Volvió a cerrar los ojos con la respiración y el pulso acelerados, y al abrirlos de nuevo todo volvía a ser igual de rutinario y monótono. Pensó que tal vez se había quedado dormida y su manía de mirar fijamente a las personas, había hecho manifestarse a su conciencia en forma de sueño. Restándole importancia a lo que acababa de suceder, se puso en pie preparándose para bajar en su estación.

Caminaba distraída, escuchando música y tratando de averiguar la historia que se escondía detrás de las personas con las que se cruzaba, cuando se dio cuenta de que se había bajado en una estación que no era la suya. Sin darle muchas vueltas al despiste, siguió caminando en dirección a la salida, no estaba mucho más lejos de su casa, aunque tendría que caminar cuesta arriba.

El olor a tierra mojada auguraba lluvia, miró al cielo y un destello lejano confirmó la tormenta que se cernía sobre ella. A los pocos minutos de salir de la estación, comenzó a llover con fuerza, obligándola a refugiarse en una cafetería que empezaba a abarrotarse de personas que, al igual que ella, la lluvia les había pillado desprevenidos.

Se acomodó en la barra y pidió un café solo, mientras se entretenía analizando la mirada de las

personas que la rodeaban.

Su vista vagaba de un cliente a otro recordando el extraño sueño que había tenido en el vagón, cuando una conversación la sacó de su entretenimiento.

—Suéltame por favor ¡Me haces daño!

—dijo la propietaria de la voz que llamó su atención.

—Y yo te he dicho que te dejes de tonterías y vuelvas a casa, sabes que nadie te va a soportar ni te va a querer como lo hago yo —le respondió la mujer que la acompañaba, mientras la agarraba por el brazo con bastante fuerza, a juzgar por los nudillos blanquecinos de la mano con la que la estaba haciendo y la mueca de dolor que tenía su presa.

Eli cogió su taza y cruzó el espacio que la separaba de la escena, al llegar a su altura fingió un tropiezo fortuito y derramó el contenido de la taza sobre la mujer que mantenía agarrada a la otra. Con un grito, la agresora se separó y liberó por fin a la mujer. Eli Levantó las manos pidiendo disculpas, pero eso no evitó que la mujer a la que había derramado el café, se girase con el puño en alto y lo lanzara con todas sus fuerzas hacía su cara. Eli se deslizó torpemente hacia el único hueco que encontró libre, esquivando el golpe que se dirigía hacia ella y provocando, sin pretenderlo, que el puño acabase estampado en la cara de un hombre ajeno a la escena.

Sin perder un segundo en mirar a su agresora, buscó entre el gentío a la otra mujer mientras dos camareros se encargaban de poner paz en el altercado y varias personas llamaban a la policía, pero no la encontró. Aprovechando la cantidad de personas que había en el local, fue ocultándose entre los cuerpos que había hasta llegar a la salida y así ponerse a salvo. Ya en la calle, comenzó a correr en dirección a su calle, pero entre la cortina de agua que caía dificultando su visión y la adrenalina, producto de su "provocado descuido" no se dio cuenta de que se pasaba la calle por la que debía girar, así que acabó en la avenida principal. No quería volver por la calle por la que había llegado hasta ahí, por si se encontraba con la mujer a la que abrasó con su café, así que tomó la avenida y continuó su camino, esta vez a paso lento, pues la lluvia había amainado, dándole esa pequeña tregua a su cuerpo agitado.

Un par de Calles después algo volvió a llamar su atención, una voz extrañamente familiar llamaba su atención, giró en su busca oteando a su alrededor hasta que dio con ella. Era la mujer del bar, hablaba por teléfono mientras cruzaba la avenida. Se la notaba bastante agitada, de nuevo esa sensación de necesidad de acercarse a ella arrasó por completo su mente, anulando su voluntad e impulsando su cuerpo a seguirla. Eli estaba a punto de cruzar, cuando un fuerte bocinazo la sacó de su trance, haciéndola retroceder dos pasos para evitar su atropello. Cuando dirigió la vista hacia donde había ido la misteriosa mujer, esta había desaparecido.

Ya pasaban de las diez de la noche cuando llegó a casa. Estaba empapada, tenía frío y una extraña sensación de vacío oprimía su pecho. No es que hubiera superado todas sus desavenencias anteriores, pero la sensación que tenía en ese momento, no se parecía a la tristeza por la pérdida de su difunta madre. Era como si le hubieran quitado parte de su ser, como si hubieran arrancado una parte que la complementaba y la hacía ser quien era y lo más perturbador, era que no sabía a qué se debía. Se dio una ducha de agua caliente y después de cenar, se fue directamente a la cama. Su día había sido largo y extraño, y el agotamiento la arrastró rápidamente a un profundo sueño.

Tras la llama de un sueño

Cerré los ojos y me acomodé en la cama, pero a los pocos minutos comencé a sentirme incómoda. Tenía la sensación de estar durmiendo sobre un suelo duro y pedregoso. El frío se colaba entre las sábanas. Giré varias veces sobre mí misma en busca de una postura más cómoda, pero cuanto más me movía, más incómoda estaba.

Abrí los ojos en medio de la oscuridad para buscar a tientas el teléfono y comprobar la hora. Mi mano dio a parar sobre tierra húmeda. Me incorporé sobresaltada, frotando mis ojos para tratar de adaptar la visión a la oscuridad que se cernía sobre mí. No estaba en mi cuarto. Tenía como techo un cielo oscuro, sin luna y lleno de estrellas, el suelo estaba frío y húmedo y la poca vegetación que veía tenía sus gruesas hojas cubiertas de gotas de rocío.

—¿Pero qué? ¿Dónde estoy? ¿Cómo he llegado aquí? Y lo más importante, ¿por qué no tengo miedo?

Me encontraba tranquila aunque desconcertada. Miré alrededor en busca de algo que reconociera, algo que me indicase dónde me encontraba, pero nada me resultaba familiar. Todo estaba muy oscuro y solo alcanzaba a distinguir algunas plantas cercanas y dos pequeños bultos que se encontraban junto a mí. Decidida a averiguar qué estaba pasando, fui directa a los bultos en busca de algo que me permitiese iluminar el lugar.

Abrí el primero de ellos. Dentro había lo que parecía un abrigo, un pantalón de cuero grueso, una especie de capa con capucha fabricada en una tela bastante gruesa y áspera, una daga poco elaborada y una libreta encuadernada en piel oscura junto a tres trozos de carbón. Agarré el abrigo y me lo puse; después me coloqué la capa por encima. En el segundo bulto, había un mendrugo de pan, algo que me pareció carne seca, dos piezas de fruta, una especie de zurrón lleno de líquido y un frasco con unas piedras rosadas que olían a sal. En el fondo encontré algo de yesca seca, cortezas de árbol y un trozo de pedernal. Esto me serviría para hacer un fuego, pero debía encontrar ramas para poder hacer una hoguera con la que calentarme y ver mejor en la oscuridad.

Busqué alguna rama seca, pero lo único que encontré fueron dos plantas rodadoras. Las agarré y ayudándome de un trozo de tela que cubría el pan, le di forma a una de ellas, para fabricar una antorcha. La otra, que era algo más grande, la rompí con ayuda de la daga para poder hacer una pequeña hoguera.

—Gracias por enseñarme a sobrevivir en el campo, abuelo —dije en voz alta.

No sé qué habría hecho de no haber sido porque él me enseñó a hacer fuego, crear pequeñas trampas y pescar.

Una vez encendido el fuego, caminé en círculos, usando la luz de la hoguera como guía para no alejarme demasiado. Estaba en un desierto que me recordó a las películas del oeste que veía con mi abuelo cuando era pequeña.

Subí por un montículo que no estaba muy alejado de donde tenía el campamento improvisado en el que me desperté. Al asomarme tras él, pude ver una luz a lo lejos, no era una luz estática, se acercaba hacia donde me encontraba. La veía cada vez más cerca. Yo me había quedado embobada, mirándola en silencio, observando el vaivén de la llama que transportaba aquella figura mientras se aproximaba. A medida que se acercaba, una sensación extraña se iba apoderando de mí, erizando el vello de mi nuca y provocando que se disparasen los latidos de mi

corazón. Ya podía distinguir algunos rasgos de ella, la escuchaba tararear una canción.

—Esa voz ¿Dónde la he oído antes?

—pregunté al aire tratando de encontrar un recuerdo entre todos mis pensamientos.

Su piel parecía clara, al igual que su pelo. De pronto me vi descubierta, estaba a escasos metros de donde yo me encontraba, alzó su mirada y extendió hacia mí la antorcha que agarraba en su mano.

—¿Quién anda ahí? —gritó mientras zarandeaba la antorcha de lado a lado. Bajé del montículo apresuradamente, pisoteé el pequeño fuego y me cubrí por completo con la capa.

—¿Por qué estoy huyendo? —me pregunté en voz alta, antes de respirar hondo un par de veces con los ojos cerrados. Al abrirlos, me destapé con un rápido movimiento, decidida a hablar con aquella mujer.

—¿Pero qué...?

Conexión accidental

Eli despertó en su cuarto como cada mañana. Todo había sido un sueño, pero había sido tan real que le costaba creerlo. Su rostro estaba cubierto de un velo de desconcierto, sabía que no tenía sentido que aquella pequeña aventura hubiera sido real, pero lo había deseado. Salió de debajo de las sábanas y al desperezarse, se dio cuenta de que en sus manos había restos de tierra húmeda. ¿Cómo era posible que hubiera tierra en sus manos? ¿De dónde había salido aquella tierra? Miró, a su alrededor y, sobre la repisa de la ventana, vio la maceta que tenía con la crápula que le había dejado su casera. Estaba volcada y la ventana ligeramente abierta.

—Ahora va a resultar que soy sonámbula...—dijo mientras se pasaba la mano el pelo.

Recogió la tierra caída, limpió los restos y se metió en la ducha.

Después de prepararse el desayuno, abrió el buscador de Internet pensando en el sueño que había tenido aquella noche y en el que tuvo antes, durante su trayecto en tren. Después de la hora que había pasado bajo el chorro de agua caliente, aún seguía con una especie de “niebla mental” que limitaba su pensamiento y lo reducía a los extraños momentos que había vivido aquél el día y la noche pasada.

Con la página del buscador abierta, introdujo varias frases con referencias a sueños vívidos, con la esperanza de encontrar una explicación a lo que le estaba pasando. Todas las búsquedas le llevaban a páginas sensacionalistas o sitios de videntes y artistas que le solicitaban un pago por sus servicios de interpretación de los sueños, asegurándole que cambiarían su futuro y mejorarían su calidad de vida si se ponía en sus manos. Después de dos horas de búsqueda, que la dejaron con más dudas que respuestas, cerró el ordenador frustrada, recogió lo ensuciado y se marchó a pasear para tratar de despejar la mente.

Llevaba un rato caminando cuando levantó la vista y se dio cuenta de que se encontraba frente al bar donde el día anterior casi le parten la cara por derramar el café sobre una mujer con un alto nivel de agresividad. Echó un vistazo a través de los cristales para asegurarse de que no volvería a encontrarse con aquella mujer, aunque dudaba que ella pudiera reconocerla, ya que sólo la había enfocado unos segundos con la mirada llena de ira. El lugar estaba tranquilo, sólo dos mesas estaban ocupadas. Decidió entrar y tomarse un segundo café, esta vez tranquila, sentada en una de las mesas más alejadas de la entrada y tratando de no centrarse en conversaciones ajenas que le pudieran costar un moratón en la cara.

Miraba a través del ventanal que tenía a su izquierda. El día había amanecido con un cielo gris plomizo y a pesar de los veinticuatro grados que había, una brisa proveniente del norte hacía que la sensación térmica fuera más baja y por ello, las personas que transitaban la calle vestían con alguna prenda de abrigo fina a excepción de algún valiente que había decidido lucir palmito y paseaba con los dientes apretados a paso ligero con pantalones cortos y camisetas de tirantes.

El sonido de las campanillas que colgaban de la puerta del establecimiento la hizo desviar la mirada. Una pareja de ancianos entraba por las puertas seguidos por una mujer más joven que les sostenía la puerta desde atrás. La pareja de ancianos se dirigía en dirección a donde Eli se encontraba sentada, tapando a la mujer que les había sostenido la puerta al entrar, la pareja se quedó de pie discutiendo amistosamente por la mesa en la que querían sentarse. Un fuerte sonido llamó la atención de todos los clientes de la cafetería, haciendo que se giraran en dirección a los ventanales y mirasen al cielo.

—Parece que hemos entrado en el mejor momento, Emilia —dijo él anciano que había decidido sentarse en la mesa que había al lado de donde estaba Eli sentada.

—¡Lo ves, Eduardo!, menos mal que me has hecho caso y nos hemos metido aquí en lugar de seguir caminando hasta la pastelería —le contestó la que Eli intuyó que sería su esposa.

El hombre, tomó la mano de la mujer y la besó con ternura.

—Siempre tienes razón, querida. El día que te equivoques, se caerá el cielo...

—respondió a su esposa mientras acariciaba su mejilla.

Ese gesto, hizo que a Eli se le llenaran los ojos de lágrimas. Apartó la mirada, agachó la cabeza y se secó las lágrimas mientras se sumergía en los recuerdos que tenía de sus padres.

Su padre murió cuando ella tenía ocho años, pero seguía recordando aquel día como si hubieran pasado tan sólo unas horas. Hablaban animadamente en el comedor mientras disfrutaban del desayuno, era sábado y como cada sábado lo hacían juntos y su madre y ella acompañaban después a su padre hasta los muelles, donde él comenzaba su jornada como pescador. Aquel día, había amanecido con el cielo cubierto y una fina cortina de lluvia caía constantemente, Eli se abalanzó sobre su padre y le rogó que se quedase a jugar con ella, porque creía que los peces se asustaban cuando había tormentas. Su padre la tomó en brazos y con las cejas alzadas le contestó que aunque el cielo se cayera, los peces siempre picarían. Decidieron que lo mejor sería que se marchase él sólo en la camioneta ya que seguramente había más tráfico del habitual a la vuelta y así no tendrían que volver a buscarle después. Su padre no volvió jamás a casa, su madre se hundió devastada por la pérdida de su compañero de vida. Los años de terapia sólo habían servido para que su madre no cayera en la alcoholemia. Jamás volvió a sonreír de la misma manera que lo hacía con él. Con el paso de los años, aprendieron a vivir en su ausencia, pero jamás volvieron a pisar aquel muelle que le vio por última vez. Los sábados dejaron de ser especiales, ya no volvieron a madrugar los sábados y continuaron con sus vidas mientras el cielo se caía y los peces dejaban de picar.

Otro estruendo la sacó de sus pensamientos, la tormenta estaba en su punto álgido llenando de luz el oscuro cielo con sus relámpagos, el agua caía a raudales y el local comenzaba a llenarse de incautos que habían salido a pasear sin el paraguas de "por si acaso".

—Parece que va a durar un rato —dijo una voz masculina a su lado.

Eli levantó la vista y se encontró con unos ojos negros risueños que la miraban con amabilidad.

—Eso parece.

—¿Te importa que me siente contigo? Mi pierna pide a gritos un descanso —dijo él hombre mientras señalaba la pierna escayolada.

Eli, mantuvo la mirada clavada en la pierna del hombre mientras sopesaba si dejarle la mesa libre o permitirle hacerle compañía. No tenía muchas opciones, si se levantaba dejándole libre la mesa, debería quedarse de pie cerca de la barra esperando a que quedase algún hueco libre o tendría que marcharse, lo que haría que llegase nuevamente empapada a su casa ya que ella tampoco llevaba paraguas, como el resto de las personas que habían entrado en la cafetería cuando empezó a llover.

—Por favor, siéntate.

El hombre, tomó la silla que quedaba frente a Eli y se sentó torpemente, haciendo que la mesa se moviera con la suficiente fuerza para derramar el café que aún seguía intacto.

—Lo siento —se disculpó rápidamente, ofreciéndose a pagar otra consumición que Eli declinó, al fin y al cabo sólo se había derramado una pequeña parte del contenido.

—Me llamo Christian, por cierto, un placer —se presentó el hombre mientras extendía su

mano hacia Eli esperando ser estrechada.

Eli se fijó en el anillo arcoíris que coronaba su dedo pulgar y alzó las cejas en señal de sorpresa mientras se la estrechaba.

—¡Vaya, parece que jugamos en el mismo equipo! —dijo Christian mientras señalaba la pulsera que llevaba Eli en su muñeca y que contenía con los mismos colores.

Y con esa excusa, comenzaron a entablar conversación. Christian, había llegado a la ciudad hacía poco más de un mes. Se había roto la pierna al ser golpeado por el coche de una conductora que se había saltado el semáforo cuando él pasaba montado en su bicicleta. Al parecer, trató de darse a la fuga sin mucho éxito, pues a escasos metros se encontraba la comisaría de aquel distrito y un coche patrulla detuvo su huida. A él, le trasladaron en ambulancia y al día siguiente tuvo que presentarse en comisaría para firmar la denuncia, con la mala suerte de que se encontró de frente con la mujer que provocó su lesión.

—¡Vaya! Y ¿Cómo fue?, quiero decir, ¿tuviste problemas con ella en la comisaría?

—A decir verdad, sí que pasaron cosas gracias a ella, pero ninguna que me haya supuesto nada negativo —contestó Christian de forma misteriosa.

Eli, no sabía si seguir indagando, apenas le conocía y no era ninguna experta en relacionarse con otras personas. Christian, no se hizo de rogar ahorrándole a Eli que siguiera con su dilema personal y comenzó a relatarle lo que pasó el día que fue a la comisaría.

—¡La culpa fue tuya, Debiste mirar bien antes de cruzarte por mi camino! —exclamó la conductora con aire desdeñoso.

—Señora, le recuerdo que está usted en una comisaría y fue detenida por una patrulla que vio todo lo que pasó, además de saltarse un semáforo, dio positivo en alcoholemia.

La mujer, se giró hacia el agente dedicándole una mirada asesina, pero se abstuvo de decir una palabra más. Cuando estaban llegando a la puerta, una mujer de piel y cabellos claros, se acercó a ella llamándola por su nombre.

—Amanda, ¿qué ha pasado?

—preguntó con el rostro descompuesto.

—Te habrías enterado de haberme cogido el teléfono ayer, pero lo has tenido apagado hasta esta mañana, Anisa.

—Sabías que estaba en un viaje de regreso y que dura más de veinte horas, ¿qué querías que hiciera?

Las mujeres salieron a voz en grito mientras el agente se giraba para mostrarle a Christian una mirada de comprensión a medida que se le acercaba.

—Buenos días, debes de ser Christian ¿cierto? —dijo él cuando llegó a su altura.

—Debo ser yo, a juzgar por las acusaciones de esa mujer —contestó Christian con una tímida sonrisa mientras pensaba en lo guapo que era el agente con el que estaba hablando.

—Encantado Christian, soy el agente Gómez, si me acompañas, terminaremos de formalizar la denuncia.

El agente, posó fugazmente su mano sobre el hombro de Christian, mientras señalaba un escritorio al fondo de la comisaría donde poder tramitar la denuncia.

Tras unos minutos, dieron por finalizada la querella y se pusieron en pie. Antes de que Christian se girase en dirección a la salida, el agente Gómez llamó su atención.

—¿Tienes que ir muy lejos? —preguntó el agente en voz baja, señalando la pierna escayolada —. Mi turno acaba ahora, así que si quieres, puedo acercarte.

Christian, no sabía lo que estaba pasando, pero sin pensarlo dos veces aceptó. Gómez, le pidió

que le esperase al fondo de la sala, cerca de la zona que usaban para emitir los documentos de identidad, ahí podría sentarse para esperar cómodamente. En pocos minutos, el agente apareció vestido ya con vaqueros camiseta blanca y cazadora negra de cuero. Christian tragó el nudo que se le había formado en la garganta y se puso en pie con torpeza. Gómez le agarró por el brazo para evitar que se cayese y cuando se aseguró de que se mantenía con normalidad sobre las muletas, hizo contacto visual con él. Los dos se sonrieron y salieron juntos de comisaría. Ya en el coche de Gómez, Christian sacó el valor suficiente para hablar.

—Estoy en clara desventaja.

—¿A qué te refieres? —contestó éste visiblemente sorprendido.

—Bueno, sólo sé que te apellidas Gómez...—respondió Christian mientras se ruborizaba ligeramente, haciendo que el agente soltara una sonora carcajada.

—Me llamo Alberto, encantado de conocerte —contestó extendiendo la mano para estrecharla, a lo que Christian reaccionó sonriendo mientras tomaba su mano. Cuando llegaron a la calle en la que Christian vivía, Alberto apagó el motor y se giró hacia él para hablarle directamente—. Bueno Christian, ya hemos llegado. Si te soy sincero, me habría gustado alargar el tiempo en tu compañía.

El corazón de Christian comenzó a dar saltos mortales mientras buscaba una respuesta que no resultara desesperada.

—A decir verdad, a mí también me gustaría seguir en tu compañía, pero con la pata de palo no creo que pueda ir a muchos sitios —dijo mientras se castigaba mentalmente por el poco ingenio de sus palabras.

—Creo que eso podemos arreglarlo. Si a ti te parece bien, podemos tomar un café en la cafetería de mi hermana, está a dos calles de aquí y a esta hora, suele estar bastante tranquila así podemos conocernos un poco, si te apetece y no estás muy dolorido...

De nuevo, guiado por sus impulsos, Christian aceptó.

Cuando llegaron al local, no había nadie en las mesas, el único cliente era un hombre mayor que tomaba su café sentado en un taburete alto acomodado en la barra leyendo el periódico. Pasaron hasta el fondo del local y se sentaron en la mesa más alejada de la entrada mientras la camarera se acercaba a ellos con una gran sonrisa en los labios.

—¡Hola hermanita! —dijo Alberto cuando llegó hasta ellos—. Este es Christian —dijo a modo de presentación—. Christian, ella es mi hermana, Alma.

Habían pasado más de dos horas, cuando miraron el reloj. Se intercambiaron los números de teléfono y prometieron mantener el contacto antes de marcharse del local.

Cuando llegaron al portal en el que vivía Christian, Alberto no lo pensó dos veces y se lanzó a sus labios. Al principio fue un beso torpe, después se convirtió el beso más dulce que jamás le habían dado a Christian.

—Me gustaría volver a verte, si te parece bien. Quiero decir, si te apetece a ti también, claro.

Los ojos de Christian se iluminaron y con un tercer beso, le dijo a Alberto que esperaba que no tardase en llamarle.

—¡Wow! Al final, vas a tener que buscar a la tal Amanda para darle las gracias

—Quita, quita, ni en fotografía querría ver de nuevo la cara de perro de esa mujer, no señora, en la vida —respondió Christian, provocando que los dos rompiesen en sonoras carcajadas—. La verdad, es que compadezco a la mujer que fue a buscarla, a pesar de contestarle bastante enfadada, parecía asustada y viendo el genio que se gastaba doña Amanda cara de perro, no me

extraña.

El comentario de Christian, hizo reír de nuevo a Eli, gracias al apelativo que le había otorgado a la mujer que se le llevó por delante.

La tormenta había amainado y se veían los tímidos rayos del sol asomando entre las densas nubes que aún cubrían parcialmente el cielo, cuando Eli se puso en pie dispuesta a despedirse.

—Christian, ha sido un placer conocerte, pero he de irme, espero que te recuperes pronto y que todo vaya bien en el juicio

—dijo Eli mientras se ponía en pie y extendía de nuevo su mano hacía él.

—El placer ha sido mío, Eli. Gracias por tu amabilidad y por la compañía.

Eli se dirigía hacia la salida, cuando Christian la llamó de nuevo.

—¡Oye Eli!, si algún día te apetece tomar un café o necesitas hablar con alguien, me gustaría que contaras conmigo, no conozco a mucha gente en la ciudad, aparte de Alberto y Alma y por lo poco que me has contado sobre ti, intuyo que no debes tener tampoco a muchos amigos por aquí. En fin, toma —dijo Christian mientras le tendía un papel con su número de teléfono apuntado.

Eli lo agarró sonriente, sacó su teléfono y le hizo una llamada perdida para que Christian tuviera también su número. Se despidió con una sonrisa y se giró para salir del local.

Cómo arena entre mis dedos

Cuando llegué a casa, eran cerca de las dos de la tarde, el paseo rápido para despejarme se había convertido en una mañana en la misma cafetería donde abrasé a una mujer con malas pulgas el día antes. Afortunadamente hoy, guardaría un recuerdo muy diferente del lugar, ya que había nacido una nueva amistad que prometía muy buenos momentos.

Me puse cómoda y después de comer algo ligero, me tumbé en el sofá a ver la televisión. Después de cambiar varias veces de canal, terminé dejando un documental sobre Jordania. Siempre me llamó la atención el medio Oriente, y la voz de la locutora me relajaba sobremanera. Cerré los ojos y traté de visualizar lo que describían en él. Al cabo de unos minutos, comencé a tener frío pero estaba tan a gusto que decidí seguir en la posición en la que estaba. No había pasado mucho tiempo cuando empecé a sentirme incómoda, me picaba todo el cuerpo como si tuviera arena metida entre la ropa, entonces me di cuenta de que ya no se escuchaba el sonido de la televisión, por lo que supuse que se había apagado sola por la falta de actividad del mando a distancia. Me apetecía seguir escuchando el documental, así que decidí levantarme para ir a buscar una manta y volver a encender el televisor. Cuando abrí los ojos, todo estaba oscuro y tenía la sensación de que una nube de polvo se arremolinaba a mí alrededor, sentía los ojos arenosos y los labios secos. Alcé la vista y volví a encontrarme con un cielo oscuro y lleno de estrellas acompañadas esta vez por una luna tímida y sonriente. Al bajar la mirada, me di cuenta de que no reconocía la ropa que llevaba puesta. Estaba cubierta por una blusa amplia de color oscuro, unos pantalones bastante anchos de una tela muy ligera, pero con un tacto fuerte, mis pies estaban cubiertos por un calzado hecho de retales de piel curtida con las suelas de cuero muy grueso y de la cabeza y cuello colgaban telas oscuras.

Me levanté y giré sobre mí misma, en busca de una luz que me permitiese ver dónde me encontraba, pero no alcanzaba a ver más allá de cuatro o cinco metros. Cerca de donde me encontraba, un candil de aceite permanecía apagado junto a un zurrón de piel de cabra. Me agaché para explorar el contenido de la bolsa. En ella había una tela oscura bastante larga perfectamente doblada, una especie de cantimplora hecha de lo que parecía ser cuero, una daga bastante elaborada un pedernal, un paño que contenía grandes y jugosos dátiles y un tarrito pequeño de cristal con un polvo negro en su interior. Cogí la daga y el pedernal y busqué a tientas algo con lo que hacer una hoguera, pero lo único que encontraba era arena fina. Me senté en el suelo frustrada y fue entonces cuando mis ojos dieron con el candil de aceite

—A veces parece que te has caído de la parra, Eli —me dije a mi misma mientras cogía el candil y lo colocaba frente a mí.

Con un par de golpes con la daga sobre el pedernal, conseguí prender la mecha que dio luz al candil, lo agarré por el asa y lo alcé mientras giraba sobre mi propio eje, pero seguía sin ver nada. Me senté en silencio mirando el horizonte a la espera de que la luz del día llegase. A los pocos minutos, algo llamó mi atención, una luz se dirigía hacia donde me encontraba. Me quedé prácticamente paralizada contemplando la luz acercarse, poco a poco iba distinguiendo los rasgos de la figura. Parecía una mujer, a juzgar por el movimiento elegante de sus caderas, podía intuir una piel clara. Su ropa, muy similar a la que yo misma llevaba puesta, se diferenciaba tan sólo en el color, ya que la ropa de la misteriosa mujer, era de color claro. Apenas nos separaban unos diez metros cuando la mujer de ropas claras habló dirigiéndose a mí

—¿Quién va? —preguntó mientras se apartaba el candil que también llevaba en su mano.

Me puse en pie dispuesta a acercarme, pero un fuerte sonido me hizo retroceder con torpeza, provocando que me tropezara con el zurrón y haciéndome caer de lado con un golpe que me hizo cerrar los ojos. Aún seguía con los ellos cerrados cuando comencé a escuchar el sonido del televisor. Abrí los ojos y me encontré en el suelo del salón, la televisión seguía encendida y en la calle la tormenta había vuelto con fuerza descargando agua a raudales con truenos ensordecedores y relámpagos cegadores. Respiré hondo un par de veces y al ir a ponerme en pie, posé la mano sobre un pequeño montículo de arena que me erizó la piel.

—¿Qué está pasando? —pregunté en voz alta, mientras me ponía en pie.

Tenía la extraña sensación de que vivía una doble vida, pero el raciocinio me decía que era algo imposible. Fui a la cocina a buscar la escoba para recoger el extraño montículo de arena que había en el salón. Al volver junto al sofá, vi un frasco de cristal que me había traído de Petra un compañero de mi antiguo trabajo, el frasco estaba volcado y el sello que lo cerraba estaba roto.

—¿Cómo es posible?

Trataba de encontrar una explicación racional a lo que me estaba pasando, pero no hallaba nada más que preguntas.

Buena samaritana

Ya había anochecido cuando se despertó de aquella extraña siesta, era sábado y aunque estaba cansada como si la siesta no hubiera hecho su efecto balsámico habitual, prefirió salir para tratar de despejarse de aquellos perturbadores sueños. Después de cenar algo rápido se puso sus vaqueros favoritos, desgastados por encima de las rodillas, una de sus camisetas de cuello pico, las botas negras, la chaqueta de cuero roja que le regaló su madre las últimas navidades que pasaron juntas y se marchó.

La lluvia había cesado cuando llegó al centro. Las calles comenzaban a llenarse de gente y los locales de copas comenzaban su jornada. Conocía poco la zona, pero el barrio de ambiente de la ciudad era conocido a nivel nacional, por lo que no tuvo problemas para llegar hasta él en metro. La plaza en la que se ubicaba, estaba rodeada de locales de todo tipo, desde restaurantes hasta tiendas de fruta exótica.

Un grupo de chicas armaba bullicio a la entrada de un local pequeño. Se apiñaban alrededor del ventanal mientras miraban su interior y exclamaban emocionadas por algo que estaba llevándose a cabo dentro. La curiosidad pudo con Eli que se acercó para comprobar lo que tanto llamaba la atención del grupo. Sobre la barra del pub, una mujer de piel morena y cuerpo fibroso bailaba al ritmo de una música sensual, sus manos recorrían cada rincón de su cuerpo mientras movía los labios al son de la letra. Sus ojos oscuros como el carbón, lanzaban miradas llenas de sensualidad en todas direcciones, provocando que la temperatura del ambiente subiera ligeramente. La canción que sonaba, llegaba a su meridiano, cuando la mujer arrancó la blusa que llevaba puesta de un fuerte tirón. Los gritos y las exclamaciones de las mujeres que veían el espectáculo se abrió paso a través de las puertas.

—¡Dios, es perfecta! —exclamó una de las chicas que veían el espectáculo desde el ventanal.

El abdomen perfectamente definido y cubierto de una fina capa de brillante de sudor, quedó expuesto a ojos de la multitud. La mujer sonrió maliciosa, sabedora de lo que estaba provocando a las espectadoras. El disc jockey hizo un cambio sutil en la música, pasando a una igual de sensual, pero con más ritmo que la anterior. En el primer cambio de percusión, la *stripper* llevó las manos a sus caderas y con otro tirón arrancó el pantalón vaquero que llevaba puesto, revelando sus muslos fuertes y bien torneados, dejándola semidesnuda mientras seguía moviendo su cuerpo. A esas alturas del espectáculo ya había mujeres que se abanicaban con las manos de forma cómica y tomaban aire con fuerza en busca de aire fresco, provocando las carcajadas de otras que parecían acostumbradas al espectáculo que estaban viendo. La canción estaba cerca del final, cuando la *stripper* liberó sus pechos con un gesto rápido de su mano en el cierre frontal del sujetador que llevaba puesto y lo lanzó al público. La mujer cayó de rodillas exponiendo su cuerpo con la última nota de la canción y una gran ovación se abrió paso a través del sonido ambiental llamando la atención de los transeúntes que pasaban cerca del local. La bailarina bajó de la barra con ayuda de una camarera y desapareció tras una puerta que había detrás de la barra. Del local salieron la mitad de las personas que lo llenaban en el momento del espectáculo, dejando libres varios taburetes altos anclados frente a la barra, por lo que Eli decidió que se tomaría ahí la primera copa. A pesar del bullicio que había cuando se llevaba a cabo el espectáculo, era un lugar tranquilo, levemente iluminado. La música tenía el volumen adecuado como para poder mantener una conversación si estabas en compañía sin la necesidad de gritar

junto al oído del acompañante. La camarera que minutos antes ayudó a la *stripper* a bajar de la barra, se acercó a Eli con una sonrisa para atenderla.

—¡Buenas noches! ¿Qué te pongo? —dijo la camarera risueña.

—Buenas noches, un *gin tonic* sin alcohol, por favor.

—¿Especial o clásico? —preguntó la camarera mientras llenaba la copa de hielos para enfriarla.

—Sorpréndeme —contestó Elizandhe, provocando que la camarera se emocionara ante la idea de prepararle un combinado a su gusto.

—Aquí tienes, espero que te guste —dijo la camarera cuando le entregó la consumición.

—¿Qué te debo?

—Son ocho euros, por favor. Perdona mi atrevimiento, eres nueva en la zona ¿verdad?

—dijo la camarera con mirada de curiosidad, mientras agarraba el billete de veinte que Eli le entregaba.

—Hace poco que vine a vivir a la ciudad, sí —contestó Eli con una sonrisa.

—Permíteme presentarme, me llamo Sandra —dijo la camarera mientras tomaba impulso en la barra para darle dos besos a Eli.

—Encantada de conocerte, Sandra. Yo me llamo Elizandhe, pero puedes llamarme Eli, suele ser más fácil de recordar.

—¿Qué nombre más bonito! —Exclamó Sandra mientras recuperaba la posición tras la barra —. Suena como árabe, ojalá mi nombre también fuera así de exótico —dijo la camarera mientras hacía un puchero antes de sonreír.

Eli estaba a punto de decir algo cuando la puerta por la que desapareció la *stripper* se abrió. De ella salió la morena con una mochila roja al hombro mientras se despedía de alguien a través del teléfono.

Sandra le dedicó una sonrisa radiante mientras se giraba para ir hasta la caja registradora. De ella sacó un sobre que entregó a la mujer que minutos antes, había desnudado casi por completo su cuerpo.

—aquí tienes Mar, va lo de anoche también. Gracias por la paciencia, ayer estaba hasta arriba y no tuve un segundo para preparar el pago

—comentó Sandra, mientras le tendía el sobre a la *stripper*.

—¡Gracias! No pasa nada, mujer. Además, ayer tenía prisa, así que olvídalo

—contestó la morena devolviéndole la sonrisa.

—¿Quieres una copa, o tienes planes?

—Me acaban de dar plantón, así que acepto esa copa. Ahogaré mis penas en alguna de las delicias que prepares. —aceptó la *stripper* con una ceja alzada y una sonrisa radiante.

—Pues siéntate, preciosa. Por cierto, te presento. Esta es mi nueva amiga, Elizandhe. Es nueva en la ciudad así que ¿qué te parece si la adoptamos? —preguntó Sandra señalando con la mano a Eli y consiguiendo que esta última se ruborizara.

—Un placer Elizandhe, yo soy Marla, pero todos me llaman Mar —contestó la *stripper* inclinándose hacia Eli para besar sus mejillas.

La camarera llegó con la copa de Mar y aprovechando la escasez de clientes en ese momento, comenzaron a hablar. A Eli, le resultó fácil congeniar con aquellas dos mujeres. Sandra tenía veintiséis años y era la más joven de las dos. Había terminado el postgrado de periodismo hacía dos años, aunque no ejercía, ya que las jornadas que tuvo que vivir mientras hacía las prácticas, le dejaron claro que aquella profesión era para personas solitarias. Sabían a la hora en la que entraba a trabajar, pero en ninguno de los días que fue al periódico salió a la hora en la que

supuestamente terminaba su jornada. Ahora trabajaba como administrativo en una empresa de electrónica y los fines de semana se sacaba un sobresueldo trabajando como camarera en el pub. Su ilusión era montar su propio podcast, para ello, quería hacerse una sala de locución con el equipo adecuado, que proporcionase a sus sesiones un sonido limpio y de calidad. Mar era de la edad de Eli, era dibujante e ilustradora, pero se sacaba un sobresueldo trabajando como *stripper* y profesora de baile. Durante la veintena, había formado parte de una compañía nacional de baile que tuvo que dejar por culpa de una lesión de rodilla, apartándose del mundo que había conocido desde su más tierna infancia.

El teléfono de Mar comenzó a sonar, lo miró y sin descolgar volvió a guardarlo en el bolsillo de su chaqueta. Sandra frunció el ceño al darse cuenta del gesto de hastío que puso Mar.

—¿Todo bien, Mar? —preguntó Sandra posando la mano cerca de la morena.

—Es mi cuñada. La semana pasada tuvieron mi hermana y ella una bronca monumental, y volvió a pegar a mi hermana. Ani se vino a mi casa inmediatamente, pero ayer se la encontró al salir del trabajo. Menos mal que tuvo ocasión de salir corriendo, porque al parecer, estaba muy agresiva. Desde entonces no para de llamarme mi cuñada para que trate de convencerla de que vuelva con ella.

—¿No la ha denunciado? —preguntó Eli sin dar crédito a lo que oía.

—Habíamos quedado ayer para ello, pero mi cuñada no le permitía acercarse a su coche y cuando pudo huir vino directamente a casa. Estaba tan alterada que cuando conseguí que se calmase, se quedó dormida. Hoy tenía que coger un vuelo a París, pero se lo han cancelado en el último momento y se queda en tierra hasta el lunes a primera hora. He intentado llevarla a comisaría, pero tiene miedo de que mi cuñada esté esperando en la puerta de mi casa o en la esquina más próxima. Mi hermana trabaja como mano derecha de una diseñadora conocida a nivel mundial y cuando no está en la sede que tiene aquí la marca, es porque está viajando a alguno de los múltiples desfiles que se realizan por toda Europa y parte de Estados Unidos. Cuando vino a mi casa la semana pasada, llegó con el labio partido y un hematoma en las costillas, la llevé a urgencias y le hicieron pruebas para cerciorarse de que no había lesiones internas, cuando el doctor que la atendía le comentó su intención de activar el protocolo de violencia doméstica, mi hermana se negó diciendo que no la había pegado nadie, que sólo había tenido una caída muy aparatosa. El doctor no activó el protocolo y el informe que le dieron tan sólo sirve para demostrar que mi hermana llegó al hospital aquel día con una lesión leve en el costado y el labio reventado. Aun así hablé con un amigo mío que trabaja como asistente social y me dijo que no importaba cuando, pero que tenía que denunciar.

El teléfono de Mar volvió a sonar, lo que hizo que cortara su relato. Lo sacó del bolsillo de su chaqueta y repitió el gesto que tuvo con la llamada anterior. Eli frunció el ceño mientras un nudo de angustia se instalaba en su estómago producto de la empatía que sentía con aquella mujer.

—Mar, ¿cuántas veces te ha llamado?

—Preguntó Sandra, claramente preocupada.

—Contando esta, treinta. Esta mañana llamó a casa y como el teléfono que tengo no tiene identificador de llamadas lo cogí. Cuando comenzó a hablar, le dije que no volviera a llamar y desconecté el teléfono, pero comenzó a llamarme al móvil, la séptima vez que llamó volví a cogerlo para decirle que dejara de molestar y colgué sin dejar que me dijese nada, pero no se dio por vencida. Esta tarde, ha empezado a llamar desde número oculto, la primera vez lo he cogido pensando que era mi hermana porque a veces me llama desde el taller y por seguridad ocultan el número, pero era ella pidiendo que le dijese a Ani que volviese.

—Pero Mar, ¡eso es acoso! ¡Te está acosando! —Exclamó Sandra con cara de horror—. Dime

una cosa ¿La que hablaba contigo era ella? —preguntó con el ceño fruncido.

—No, era Ani. He quedado con ella aquí para que saliera un poco a despejarse, pero ha preferido quedarse en casa encerrada viendo una película. Sé que mi cuñada está en la otra punta del país con un proyecto que lleva en su empresa, por eso le dije a mi hermana que viniese a tomar algo conmigo, pero me ha dicho que estaba cansada. Supongo que tiene miedo, aunque haya cientos de kilómetros de distancia ahora mismo entre ellas.

—respondió Mar compungida.

—Perdona que me entrometa Mar, sé que no te conozco ni a ti ni a tu hermana, pero creo que deberías denunciar tú también

—dijo Eli mientras asimilaba todo lo que la morena que tenía enfrente les estaba contando.

Mar le dedicó una sonrisa triste mientras le daba la razón. Sonó el teléfono de la morena por tercera vez, ésta lo tomó en su mano y se lo quedó mirando como si se tratase de un marciano, entonces Eli lo cogió sin su permiso dedicándole una mirada y rogándole que confiase en ella. Mar, aceptó sin pensarlo mucho. Entonces Eli, buscó en el dispositivo la grabadora, y le dio al *play* justo después de coger la llamada. Se lo entregó a su dueña con el micro cerrado mientras le daba unas directrices a seguir.

—Haz que hable, pregúntale por qué pegó a tu hermana y dile que con esta llamada ya van más de veinte veces después de decirle que no volviera a llamarte.

A Eli le salían las palabras rápidamente y miraba a Mar con decisión. Por su parte Mar, optó por hacer caso a esa desconocida que había tenido una brillante idea, activó el micro y contestó a su cuñada.

Al cabo de unos minutos cortó la llamada de forma abrupta, su cuñada estaba fuera de sí. Tanto Eli como Sandra podían oír los gritos de ésta a pesar de la música que sonaba en el ambiente. Mar tenía la cara pálida y el gesto contraído.

—¿Qué te ha dicho, Mar? —preguntó Sandra preocupada por el estado en el que veía a su amiga.

—Está allí. Lleva dos horas llamando al portero automático y me ha terminado diciendo que estará esperando a que llegue a mi casa para llevarse a mi hermana con ella —contestó Mar con la voz estrangulada mientras sus vivos ojos se llenaban de lágrimas.

Eli, recordó que su nuevo amigo Christian tenía contacto con un agente de policía y viendo el problema que tenía Mar no lo pensó dos veces, se disculpó y salió a la puerta del local, agarró su teléfono y buscó en la agenda el número de su nuevo amigo.

—¡Buenas noches, Eli! —respondió Christian risueño.

—Hola Christian, ¿cómo estás?

—preguntó Eli mientras buscaba la manera de abordar el asunto.

—Bien, aburrido en casa, no es que tenga muchas opciones a parte de leer, ver la televisión o jugar a algún videojuego

—contestó Christian riendo abiertamente.

—¿Cómo estás tú?

—Pues verás, yo estoy bien, pero bueno a ver, seré directa. Sé que sólo nos conocemos desde hace unas horas, pero tengo unas conocidas que tienen un problema bastante gordo y una de ellas está aterrorizada, porque la está esperando en la puerta de su casa la cuñada para llevarse a su hermana. Esa mujer la pegó en repetidas ocasiones, pero no la denunció y la semana pasada se fue con ella. Me preguntaba si podría abusar de nuestra nueva amistad y podrías avisar a Alberto. Sé que lo más fácil sería llamar a la policía directamente, pero creo que lo que menos necesitan estás dos hermanas ahora mismo, es un espectáculo —contestó Eli, contándole lo ocurrido de

forma atropellada.

—Vale Eli, respira. Alberto ha escuchado lo que me has contado, cuando he escuchado por dónde iba el asunto, he conectado manos libres, espero que no te importe —informó su amigo con más seriedad que al principio y visiblemente preocupado a juzgar por su voz.

—Hola Eli, soy Alberto. Dime dónde estáis y quedaos tranquilas, no se va a montar ningún espectáculo —aseguró el policía con voz conciliadora.

Eli le dio la dirección y volvió al local para avisar a Mar y a Sandra de la conversación que había tenido y de que el policía venía en camino a recogerlas para asegurarse de que llegaba a su casa sin altercados y que nadie pudiera llevarse a su hermana a la fuerza. Mar le lanzó una mirada interrogante que Eli entendió sin necesidad de palabras.

—¿No pensarás que me voy a quedar sin hacer nada, mientras un orangután espera a que llegues a tu casa para llevarse a tu hermana cual *King Kong*?

La respuesta de Eli a esa pregunta no formulada, disipó la tensión que se había creado en el ambiente, haciendo que las tres mujeres estallasen en carcajadas.

Diez minutos después, Eli vio cómo su amigo Christian pasaba por la puerta del local, seguido por un hombre moreno de ojos verdes y cuerpo visiblemente trabajado. Cuando llegaron a su altura, Christian abrazó a Eli y le presentó a su acompañante mientras Mar se ponía en pie esperando a ser presentada. Tras las presentaciones, Alberto le pidió a Mar que le contase todo lo que había estado ocurriendo desde el momento de la agresión hasta la última llamada que recibió esa noche. Cuando acabó su relato, decidieron que lo mejor sería que se marcharan cuanto antes para evitar que su hermana estuviera sola más tiempo del necesario, ya que según les había dicho Alberto, una persona con el perfil que tenía la cuñada de Mar, era impulsiva, obsesiva e imprevisible.

Mar y Eli no llevaban coche aquella noche, por lo que se dirigieron directamente al de Alberto. Cuando subieron al coche, el policía le pidió a Mar que le diera su dirección, tras recibir respuesta de ésta, tomó su teléfono y envió un mensaje rápido a través de WhatsApp antes de poner el coche en marcha e incorporarse al tráfico. Cuando llegaron al portal donde vivía Mar, un coche patrulla con las luces apagadas esperaba frente a la puerta con dos policías acomodados en el lateral del coche. Alberto los saludó desde su ventanilla antes de bajar del vehículo y acercarse a la parte de atrás justo cuando Mar estaba saliendo, agarrándola con delicadeza por el brazo hasta llegar al portal, cuando abrió la puerta Alberto pasó primero para dar la luz y comprobar que no había nadie y acto seguido los dos se metieron en el ascensor. Al cabo de un rato, salió él sólo y se acercó a sus compañeros para agradecerles el favor que les había pedido.

Cuando de nuevo entró al coche, les contó a Eli y a Christian que al parecer, cuando llegó el coche patrulla vieron cómo una mujer se metía en un coche gris claro de alta gama y salía con bastante prisa al ver que paraban frente al portal, pero por el ángulo en el que estaba el coche de la mujer, no les dio tiempo a coger la matrícula ya que el edificio hacía esquina y el coche estaba estacionado de forma horizontal, dejando la matrícula oculta. Había quedado con Mar al día siguiente para que pusiera la denuncia. Cuando Alberto terminó de contarles todos los detalles, la llevaron a casa y se despidieron mientras Eli volvía a agradecerles su ayuda y prometían volver a verse pronto.

Subía las escaleras hacia su piso lentamente, tratando de alargar de forma inconsciente el momento de llegada. Cuando llegó a su piso, se quedó parada en medio del salón mientras pensaba en los últimos acontecimientos. Siempre había llevado una vida tranquila y carente de emociones fuertes, a excepción de la relación que mantuvo con su última pareja y no en el buen sentido. Al principio todo fue bien, pero con el paso del tiempo la relación se fue volviendo fría y

tóxica hasta el punto de hacer que Eli se sintiera completamente anulada. Dos años después, encontró a su pareja en la cama con la que era supuestamente su mejor amiga. Eli se cerró en banda, abandonando la idea de volver a enamorarse. Habían pasado ya tres años y aunque durante ese tiempo había tenido alguna relación esporádica y sin compromisos, desde que llegó a la ciudad no se había planteado siquiera salir hasta esa noche. Tuvo que reconocer que la *stripper* despertó cierto instinto en ella, pero no provocó ningún otro sentimiento a parte de las ganas de entablar amistad con ella. Se cambió de ropa con desgana y se metió directamente en la cama rogando para que esa noche pudiese descansar, conectó la radio que tenía en su mesilla de noche y cerró los ojos lanzándose al sueño al ritmo de la música clásica.

Sueño de piel y seda

Cuando Cerré los ojos, tenía la sensación de que no conseguiría conciliar el sueño, pero al cabo de unos minutos la sensación de incomodidad que tenía al principio se esfumó. Supuse que haber salido a tomar una copa y haber llegado cerca de las dos de la madrugada a casa, había provocado ese efecto balsámico que necesitaba mi mente después de todo. Comencé a sentir cómo el colchón absorbía mi cuerpo haciéndome sentir entre mullidos cojines rellenos de plumón. Incluso tuve la sensación de tener el cuerpo cubierto de fina seda. Al principio de la noche, dejé el edredón plegado a los pies de la cama, pues aunque la temperatura no era muy elevada, los casi veinte grados que había aquella noche, invitaban a dormir tapada únicamente con la sábana, pero ahora comenzaba a tener algo de frío por lo que abrí los ojos para extenderlo sobre mi cuerpo. Al hacerlo, un fuerte olor a jazmín fresco llenó mis fosas nasales, sacudiendo mis sentidos. Podía escuchar la voz de una mujer cantando en un idioma que desconocía. La estancia en la que me encontraba estaba levemente iluminada y el suelo estaba cubierto de alfombras y cojines cosidos a mano. Grandes arcos formaban ventanales que daban al exterior, dejando entrar la luz natural de la luna. Bajé la vista hasta mis pies, los tenía desnudos únicamente adornados por finas pulseras. Al ir subiendo la vista, tomé una de las telas que cubrían mi cuerpo. Estaban confeccionadas con lino y seda de color blanco y dorado. Me incorporé y caminé lentamente por la estancia tratando de averiguar de dónde venía aquella melodiosa voz. Atravesé un arco que daba a un corto pasillo que a su vez daba a otra estancia hacia la que me encaminé. Al llegar al arco que la separaba del pasillo, asomé la cabeza con cautela y vi en ella a una mujer de cabellos como el oro, que ensimismada en su canto y la labor que tenía entre manos ignoró mi presencia. Caminé de puntillas tratando de no hacer ningún ruido, y a dos escasos metros de ella pude ver que estaba cosiendo. Acabó la canción y se giró sorprendiéndome mientras la espiaba. Llevaba la cara cubierta a excepción de sus ojos de un color azul profundo y comenzó a decir algunas palabras en un idioma que no entendí. La mujer se puso en pie y lentamente se acercó a mí con las manos extendidas y las palmas hacia arriba, como si me invitase a agarrarlas, y así lo hice. Agarró con seguridad mis manos y me llevó con ella hasta quedar frente al lugar donde se encontraba sentada hacía escasos segundos soltándose con suavidad y posando sus manos sobre mis hombros. Con un gesto ágil de sus dedos, desató los finos nudos que sujetaban mis prendas, haciendo que mi cuerpo quedase expuesto ante ella mientras la tela se deslizaba por mi cuerpo y sus manos caían lentamente por mis brazos erizándome la piel. Sus ojos estudiaban mis curvas sin pudor alguno mientras sus dedos acariciaban lentamente el contorno de mi figura haciendo que mi corazón se acelerase y se secara mi garganta. Agarró con una mano la prenda que estaba confeccionando y me la puso sobre los hombros agarró una especie de ceñidor pesado con piedras preciosas y lo enganchó alrededor de mi cintura. La sonrisa de sus ojos me decía que le gustaba lo que estaba viendo, cuando de pronto vi que su mirada cambiaba mientras miraba algo detrás de mí. Cuando me giré, un fuerte golpe me hizo caer con los ojos cerrados, al volver a abrirlos todo había desaparecido y yo volvía a estar en mi cuarto.

Viaje sin equipaje

Aún no había amanecido cuando Eli se despertó recibiendo un fuerte golpe en la cabeza. Abrió los ojos y se llevó la mano a la cabeza tratando de ubicarse mientras se quejaba del dolor y pestañeaba rápidamente intentando adaptarse a la oscuridad de la estancia. Con un quejido, llevó la mano al interruptor de la lámpara de noche que había sobre su mesilla. Al encender la luz, se puso en pie para ir al baño a ver lo que le había pasado cuando vio que sobre su cama a la altura de la almohada estaba el perchero que colgaba sobre su cabecero junto al fular de seda de su madre y un bolsito de lino egipcio que se compró el año anterior en una feria de artesanía del mundo. La tela del fular estaba arrugada justo donde ella tenía la cabeza momentos antes. Por fortuna el perchero no era muy pesado por lo que el golpe que le había asestado, solo le provocó un chichón y un rasguño. Ya no podía volver a conciliar el sueño, así que se metió en la ducha y dejó que el agua se llevase los restos del aturdimiento que aún tenía por el golpe. Los primeros rayos del sol entraban por la ventana del dormitorio cuando se vistió y fue a la cocina para prepararse algo de desayuno. Necesitaba café y café era lo que no tenía, aunque juraría que la semana anterior había comprado dos paquetes, pero no los encontró por ninguno de los armarios así que con un gran suspiro se calzó sus botas y se marchó en busca de una cafetería en la que desayunar. Los bares de su calle permanecían cerrados, así que siguió caminando hasta la avenida. Pasó por delante de una cafetería perteneciente a la cadena donde ella trabajaba y la descartó de inmediato sin detenerse. Lo que menos le apetecía, su único domingo libre al mes, era meterse en un lugar que le recordase las horas de trabajo. Siguió caminando hasta girar en la siguiente calle. Cuando se dio cuenta, estaba parada frente a la cafetería donde estuvo tomando café el día anterior. Entró y se acomodó en la mesa donde había estado tomando café con Christian y enseguida llegó la camarera para tomar la comanda. Desayuno con tranquilidad observando a los pocos transeúntes que paseaban a esas horas cuando a lo lejos una figura llamó su atención una mujer alta con la melena rubia arrastraba una pequeña maleta calle abajo en dirección a la parada de taxis que había frente al hotel de la zona, de pronto un coche plateado paró a su altura haciendo que la mujer diera un salto asustada soltando la maleta que portaba y echando a correr en dirección contraria. Eli se levantó de su silla como un resorte dejando un billete sobre la mesa y salió a toda prisa en dirección a donde había caído la maleta, el chirrido de las ruedas sobre el asfalto la indicó que el coche plateado había dado la vuelta algo más abajo, giró la cabeza en dirección a la rotonda justo antes de llegar al cruce y pudo ver como el coche pasaba a gran velocidad calle arriba tratando de seguir a la mujer de la cabellera dorada. Cuando llegó hasta la maleta ya no se oía al coche, cogió la maleta y la arrastró hasta la cafetería donde volvió a sentarse en la misma silla que había dejado vacía ante la mirada atónita de la camarera.

—La chica que la llevaba salió corriendo calle arriba y cuando llegué hasta la maleta ella había desaparecido —dijo Eli encogiéndose de hombros.

—Creo que lo mejor sería que llamase a la policía y se la entregase a ellos —comentó la camarera señalando la maleta.

—¿No tendrá el teléfono de la comisaría más cercana por casualidad, verdad?

—Preguntó Eli mientras sacaba su teléfono.

La camarera sonrió amablemente antes de contestarle.

—De hecho, tengo algo mejor. Mi hermano es policía, si le parece bien le llamaré y en pocos

minutos estará aquí

—contestó la camarera con el teléfono ya en la oreja.

Cuatro minutos después de la llamada, un coche patrulla aparcaba junto a la puerta del establecimiento. De él, salieron dos policías uniformados que entraron al local dirigiéndose directamente a la barra donde se encontraba la camarera en ese momento.

—Hola, Al ¿qué ha pasado? —preguntó uno de los policías mientras saludaba a la camarera con dos besos.

—Hola Marco ¿Dónde está mi hermano?

—preguntó, eludiendo la pregunta del agente.

—Me cambió el turno así que entra de noche, yo tengo una cena familiar con mis suegros y por lo que me ha dicho la llamada era oficial así que nos ha tocado a nosotros

—contestó el policía mientras se acodaba en la barra.

—¡Nunca entenderé vuestro calendario laboral! —exclamó la camarera, saliendo de la barra y señalando donde se encontraba Eli.

Los tres se acercaron a la mesa mientras la camarera relataba a los policías lo que había visto a través del ventanal, al llegar donde se encontraba Eli, ésta les relató lo mismo que la camarera, pero añadiendo la marca del coche que pudo distinguir gracias a que se encontraba en ese momento junto al cruce por el que pasó a toda velocidad. Tras tomarle los datos, los policías agarraron la maleta y se marcharon. Las dos mujeres se quedaron en silencio mirando el coche de policía mientras se alejaba hasta que la camarera rompió ese momento de mutismo que se había creado a su alrededor.

—¿Te apetece otro café?, el tuyo se ha quedado helado, con todo lo que ha pasado has dejado el desayuno a medias y si hay algo que detesto, es que los clientes no salgan satisfechos de mi cafetería —dijo mirando a Eli.

—Oh, en ese caso acepto —contestó, mientras por su cabeza pasaban una y otra vez las mismas preguntas: ¿De quién huía la mujer de la maleta? ¿Quién era ella?, y la que más urgencia le corría resolver ¿Por qué salió corriendo hacia ella si no la conocía de nada?

Después de dar buena cuenta del segundo desayuno que le sirvió la camarera, se encaminó hacia su casa con los cascos puestos y la mirada clavada en el suelo. No escuchó a la mujer que la llamaba a escasos metros de donde se encontraba así que cuando la mujer consiguió llegar a su altura y tocó su hombro dio tal respingo que uno de los cascos terminó en el suelo. Una Mar divertida se encontraba frente a ella, esta se agachó para recoger el casco y entregárselo a su dueña mientras se disculpaba.

—Vaya susto te has llevado, Eli. Lo siento, te he llamado varias veces y no había manera de que me escucharas.

—No te preocupes, estaba en mi mundo y no me he dado cuenta de que eras tú, hasta que me has hecho botar del susto —contestó mientras se le empezaba a formar una sonrisa en la cara.

—¡Qué casualidad verte por aquí! ¿Vives cerca? —Preguntó Mar, provocando que Eli sonriese abiertamente antes de contestar.

—En realidad vivo al otro lado de la avenida, he salido a desayunar y el único local decente es una cafetería que hay frente al hotel.

—Oh, yo diría que es más que decente, la dueña tiene una mano asombrosa para la repostería. Tienes que probar la tarta de queso que ofrece por las tardes —dijo risueña, aunque había algo en su mirada que Eli no pasó desapercibido. A pesar de la sonrisa, le pareció que la morena seguía con la preocupación instalada en la mirada.

—Habrás que probarla entonces. Oye, Mar ¿Estás bien? —indagó intuyendo la respuesta.

—Sí, bueno ya sabes. Mi hermana sigue teniendo problemas con su ex así que te mentiría si te dijese que estoy en la Gloria

—contestó con una sonrisa triste.

—Mar, si puedo hacer algo por vosotras...

—se ofreció posando una mano sobre el hombro de la morena.

—Bastante hiciste ayer, gracias a ti pude entrar en casa y no se montó un espectáculo en medio de la calle. Gracias otra vez, por cierto —contestó con una sonrisa.

—No fue nada, de verdad.

—En fin, me alegro de volver a verte Eli, pero debo dejarte. Espero verte más por el bar —comentó a modo de despedida.

—¡Claro!, cuídate Mar. Espero que se solucione pronto el asunto de tu hermana

—respondió mientras se despedía con la mano y cada una continuaba por su camino.

La mañana pasaba lentamente para Eli cuando se descubrió deseando que llegase el momento de acostarse. Se debatía entre el miedo y el deseo por volver a soñar. Por una parte, en todos los sueños que había tenido hasta el momento, había una mujer con los mismos rasgos, en el último incluso creyó poder sentir el tacto de sus manos mientras acariciaba su cuerpo desnudo. Por otro lado, siempre pasaba algo que la sacaba del sueño de forma abrupta, de hecho, siempre habían acabado de "golpe".

—¡Debo estar volviéndome loca!

—exclamó mientras se ponía en pie y comenzaba a guardar todos los objetos que pudieran ser potencialmente peligrosos de las zonas de descanso.

Cuando acabó, tanto el salón como su cuarto quedaron con el sofá y la cama en zonas estratégicas donde nada pudiera caerle encima. Satisfecha de su labor, se frotó las manos mientras entraba en la cocina para prepararse algo rápido para comer. Metió una pizza en el horno con el temporizador puesto y se fue a la ducha tarareando la melodía que cantaba la mujer del último sueño que tuvo.

Llevaba una hora dando vueltas en la cama cerrando y abriendo los ojos con fuerza en un intento inútil por conseguir ese sueño deseado cuando se dio por vencida, salió de entre las sábanas con un bufido de frustración y se fue al salón. Los domingos le resultaban mortalmente largos y aburridos desde que se trasladó, debía buscar algún *hobby* con el que entretenerse durante su tiempo libre. Encendió el ordenador y se puso a revisar su correo electrónico, que hacía semanas que pedía a gritos una limpieza en profundidad y no tenía nada mejor que hacer. No sabía el tiempo que había pasado revisando y borrando correspondencia, cuando sonó su teléfono. No reconocía el número y no solía responder llamadas desconocidas, acostumbrada a que todas fueran con motivos comerciales, así que dejó que la llamada se cortara por sí sola. Al cabo de un rato, el mismo número volvía a llamar y ella volvió a repetir la misma acción. El teléfono sonó por tercera vez, pero esta vez Eli no reconocía la melodía de su teléfono, lo miró cual marciano cerciorarnos de que fuera el mismo número que, aunque no lo recordaba en su totalidad, sí que guardo en la retina los tres últimos números. La melodía le resultaba familiar, pero no recordaba haberla asignado a llamadas desconocidas, en cualquier caso y ante la inasistencia de la llamada, contestó.

Un sueño muy real

—Juro que como sean de alguna compañía de la luz tratando de venderme su producto, lanzo el teléfono por la ventana —mascullé, antes de descolgar el teléfono—. ¿diga?

Al otro lado de la línea se oía la respiración de alguien, por lo que supuse que la centralita desde la que seguramente llamaba, no le había dado aún paso a la llamada cuando contesté y no me había oído, así que repetí la pregunta.

—¿Dígame? ¿Hola? —insistí irritada.

Entonces un suave llanto al otro lado hizo que mi sangre se helase.

—Ayúdame, por favor —dijo la voz de una mujer, entrecortada por el llanto.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? ¿Cómo puedo ayudarte? —pregunté de forma atropellada mientras los mecanismos de mi cerebro buscaban una explicación a aquella llamada de auxilio.

Lo primero que pensé, fue que podían ser Sandra o Mar, pero las descarté de inmediato al recordar que no habíamos intercambiado los números en ningún momento. La mujer que había al otro lado seguía llorando de forma desconsolada y yo volví a preguntarle.

—¿Dónde estás? ¿Cómo puedo ayudarte? —repetí, cada vez más preocupada y alterada.

Entonces, la mujer habló de forma entrecortada presa de los sollozos.

—Estoy aquí, mira por la ventana

—contestó, haciendo que un escalofrío recorriera mi espina dorsal.

Me levanté a toda prisa y fui hacia la ventana, ya había anochecido lo que hizo que me sorprendiera por lo rápido que se me había pasado el tiempo comprobando el correo. No sabía exactamente a quién buscaba cuando la vi bajo la farola que había frente a mí casa. No conseguía distinguir bien sus rasgos, pero sí su melena rubia. Con el teléfono aún en línea, salí corriendo escaleras abajo, con el corazón a mil por hora y los nervios a flor de piel. Cuando llegué a la calle y miré en la dirección en la que la había visto desde la ventana, pero no estaba.

—¿Dónde estás? ¿Por qué te has ido?

La mujer misteriosa seguía al teléfono. Podía escuchar el sollozo de su voz y su respiración acelerada, pero no respondía. Miré a mí alrededor y la vi calle arriba, caminaba deprisa, le dije que parase, que no le haría ningún daño.

—Escucha por favor, si huyes no podré ayudarte, espérame —le rogué a través del aparato mientras corría tras ella, pero por más que corría, no conseguía alcanzarla y me daba la impresión, de que mis pasos eran cada vez más lentos y cortos, y los suyos más largos y veloces.

—Espera, por favor.

Las lágrimas empezaban a brotar de mis ojos y la angustia crecía en mi interior a una velocidad vertiginosa, mientras me desesperaba por ayudar a una mujer desconocida que huía de mí a la vez que me pedía ayuda. Cuando de repente desapareció de mí vista al girar por una calle sin iluminación.

—Por favor —dije llorando como una niña, pero entonces habló.

—No puedo, ella me matará —sollozó la mujer, haciendo que un desagradable escalofrío recorriera mi columna.

—¿Quién es ella? Conozco a un policía, deja que le llame y...

No me dejó terminar la frase cuando colgó. Llena de frustración e ira deshicé el camino hacia mi casa mientras las lágrimas surcaban libremente mis mejillas y el corazón me bombeaba con

fuerza. Cerca del último cruce hasta mi casa, sonó de nuevo mi teléfono, esta vez era un mensaje de texto desde el mismo número. Abrí el mensaje, en él tan sólo había una frase corta, que me dejó atónita, (Te veré en sueños). No sabía si sentirme enfadada, desilusionada o preocupada, pero estaba al cien por ciento desconcertada. ¿Por qué me había enviado ese mensaje? ¿Quién era esa mujer? ¿Qué tenía que ver con mis sueños? ¿Por qué se parecía tanto a la mujer que aparecía en ellos?

Las preguntas se agolpaban en mi mente y elevaban una leve molestia en las sienes a un dolor de cabeza nivel Dios. Cuando llegué a mi piso, me di cuenta de que había dejado la puerta abierta, entré y cerré de un portazo. Fui con grandes zancadas hasta la silla en la que me encontraba cuando recibí la llamada y saqué el móvil dispuesta a grabar el número desde el que me llamó aquella mujer antes de devolverle la llamada en busca de una explicación con la mala suerte de que al sacarlo con tanto ímpetu, me resbaló de la mano dando a parar al suelo. Al inclinarme para recogerlo, la silla emitió un crujido y se rompió haciendo que cayese de bruces contra la tarima, dándome un nuevo golpe en la cabeza. Cuando abrí los ojos aún no había anochecido, mi teléfono no se había movido del lugar donde lo había puesto a cargar antes de sentarme frente al ordenador y en el suelo lo único que encontré fueron los restos de mi cordura.

Eli no salía de su asombro cuando despertó al caer de la silla donde se había quedado dormida minutos después de sentarse a mirar el correo. Se levantó a toda prisa en busca de su teléfono, sentía la necesidad de comprobar que lo que había ocurrido no era un sueño, que la angustia que había sentido y aún la amenazaba en el interior, seguía ahí por un motivo real.

Tras verificar varias veces que no había recibido llamada alguna, comprobar tres veces los mensajes de todas las aplicaciones que tenía instaladas y mirar en repetidas ocasiones por la ventana en busca de la mujer, terminó dándose por vencida. Con un suspiro se dejó caer en el sofá con las manos sobre el rostro mientras decidía si sería buen momento para ir a un psicólogo. Al cabo de una hora, volvió a sorprenderse a sí misma escribiendo repetidamente en una libreta los tres números que recordaba del teléfono desde el que llamaba la desconocida.

—ciento veintiséis, te veré en sueños

—dijo en voz alta rememorando el mensaje que recibió de la mujer de sus sueños.

El sonido del teléfono la sacó de su trance, miró el aparato con el corazón acelerado, hasta que vio el nombre que aparecía en la pantalla. Esbozó una sonrisa mientras respondía a la llamada, tomándose antes un par de segundos para respirar tranquila.

—¡Hola Christian!

—¡Hola Eli! ¿Cómo estás? ¿Te pillo en buen momento? —Preguntó Christian de forma cautelosa.

—La verdad es que me pillas en el mejor momento, los domingos son tremendamente aburridos y últimamente tengo la sensación de estar volviéndome loca —contestó preocupando a su amigo.

—¿Y eso?

—Pff, en realidad no es nada, llevo varios días teniendo unos sueños un tanto extraños. Supongo que el cansancio acumulado unido a los cambios que he tenido últimamente me está pasando factura —contestó con poca seguridad—. Bueno, ¿qué puedo hacer por ti, guapo?

—Pues verás, tenía unas cosas que hacer cerca de la cafetería donde nos conocimos y estoy por la zona y me preguntaba si te gustaría hacerme compañía. Alberto trabaja en el turno de noche así que estoy sólo y con muy pocas ganas de encerrarme en el cuchitril que tengo por apartamento

—comentó, haciendo que Eli, soltara una sonora carcajada ante la descripción de su amigo, mientras imaginaba al hombre de cerca de un metro noventa desenvolverse en un pequeño espacio.

—Dime dónde estás ¿Te apetece hamburguesa y peli? Esta semana tengo turno de tarde así que no madrugo y puedo suponer que tú estás de baja, ¿no es así?

—propuso mientras metía las llaves del coche en el bolsillo de su cazadora.

—Supones bien, aún me quedan unas semanas de escayola. Me parece un plan perfecto. Te espero en la cafetería *Somnia*, estoy llegando a la puerta —dijo su amigo fatigado por el esfuerzo de ir hablando mientras caminaba ayudado por las muletas.

—¿Cuál es la cafetería *Somnia*? Pásame la ubicación mejor y así no me pierdo, que aún no controlo muy bien la zona —solicitó intentando recordar si en algún momento había visto algún cartel con aquel extraño nombre.

—Eli, la cafetería donde nos conocimos... Para el futuro, recuérdame que no te contrate como detective —dijo mientras los dos estallaban en carcajadas.

—Vale, lo admito, soy un desastre. En cinco minutos estoy ahí. Llevo un todo terreno negro, enseguida estoy ahí. Hasta ahora Chris.

El café confidencial

Siete minutos después de colgar la llamada, Eli estacionaba su coche en doble fila mientras se bajaba para ayudar a su amigo a acomodarse y metía las muletas en los asientos traseros.

Antes de volver a entrar en el coche, echó un vistazo a la fachada del establecimiento donde conoció a Christian mientras su cuerpo se agitaba de forma extraña. Al mirar el cartel, tres palabras volvieron a su mente, te veré en sueños...Apartó la mirada con un escalofrío y entró en el coche.

Cuando llegaron al piso de Eli, pidieron sus hamburguesas a domicilio y se pusieron a discutir sobre qué película ver aprovechando la amplia colección que poseía Eli. Se sentaron en el sofá a la espera de la cena charlando animadamente sobre cine hasta que Christian le pidió que le contase por qué sentía que se estaba volviendo loca.

—Venga, Eli. Te he demostrado que puedes confiar en mí ¿no?

—Vas a llamar al manicomio antes de que termine de contártelo —contestó Eli mientras se frotaba la cara.

—Deja que juzgue por mí mismo, además, hasta ahora sólo me has demostrado ser una de las personas más cuerdas y responsables que he conocido.

—¿Qué pensarías si soñases con la misma persona cada vez que te quedas dormido? ¿Y si te digo que creo que me estoy enamorando de ella sin saber quién es?

Christian parecía sopesar la respuesta mientras miraba a su amiga con el ceño fruncido.

—¿Has pensado en buscarla? —preguntó éste, dejándola con los ojos abiertos de par en par y la mandíbula en el suelo.

—Vale, el que se ha vuelto loco eres tú...

—respondió mientras negaba con incredulidad.

Los dos rompieron el silencio entre risas descontroladas, mientras Christian negaba enérgicamente.

—Está bien, admito que suena a locura, pero no pierdes nada por intentarlo siempre y cuando pongas un límite. Lo que está claro, es que hay algo ahí dentro —dijo Christian señalando la cabeza de su amiga—. O algo ahí fuera, trata de enviarte un mensaje

—observó, esta vez señalando hacia la ventana por la que Eli había visto a aquella extraña mujer durante el sueño.

La cabeza de Eli era un hervidero. ¿Y si su amigo tenía razón? ¿Quién estaría detrás de aquellos ojos azules como el mar? ¿Qué perdía por intentar unir las piezas? Y, lo más importante, si quería mantener la cordura, ¿sabría ponerle límite a su búsqueda?

El portero automático sonó en medio de la vorágine mental que estaba sufriendo Eli, apartó a un lado sus pensamientos y fue a abrir al repartidor que minutos antes había dado aviso de su llegada. Prepararon la mesa en silencio. Christian miraba a su amiga esperando una respuesta a la pregunta que minutos antes le había costado que lo tachase de loco.

—¡Te ayudaré! —ofreció éste con decisión mientras su amiga volvía a mirarlo como si tuviera una rata en la cabeza.

—O dejas de poner esas caras cada vez que hablo, o voy a empezar a pensar que tengo un zurullo en la cabeza.

El comentario, volvió a sacar las carcajadas en la velada, mientras Eli sopesaba el

ofrecimiento de su amigo.

Durante la hora posterior, se dedicó a contarle a Christian todos los sueños que había tenido hasta el momento. Le contó cada detalle, tratando de no dejarse nada. Ignorando la película que habían puesto. Christian agarró el cuaderno y el bolígrafo que Eli tenía sobre la mesa y comenzó a escribir en él la descripción que le iba relatando su amiga.

—Hasta ahora sabemos que tiene el pelo rubio y ondulado, los ojos d azul profundo, es de tu estatura y según el último sueño que has tenido, busca ayuda —enumeró mirando a su amiga a los ojos.

—Hay algo más, en el último sueño me dijo: ella me matará... —comentó ella haciendo que los dos tragasen saliva con esfuerzo.

—¿Conoces a alguna mujer con esas características que esté en peligro?

—No, nunca he sido de tener muchas amistades, te puedo asegurar que si conociese a una mujer con esas características y que además, estuviera en peligro, me acordaría —contestó mientras se levantaba para mirar a través de la ventana.

—¿Y esa chica del bar? La camarera...

—preguntó Christian tratando de recordar su nombre.

—Es bastante más baja que yo, su voz no coincide y tiene los ojos marrones. No es ella, estoy segura —contestó a su amigo negando con la cabeza.

Habían llegado a un punto sin salida, respiraron hondo a la vez y dieron por finalizada su peculiar investigación. Treinta minutos después, Christian decidió que ya era momento de dejar descansar a su amiga. Eli, lo acompañó hasta la parada de taxis que había a pocos metros de su edificio y se despidió de él con un fuerte abrazo mientras le rogaba que mantuviese en secreto lo que le había contado. Su amigo le sonrió prometiendo silencio antes de recordarle que podía contar con él siempre que lo necesitase.

Ya de vuelta en su piso, Eli era incapaz de dejar de pensar en algo que Christian le había preguntado y a lo que contestó con una seguridad que ahora hacía aguas por todas partes. ¿Había tenido en cuenta a todas sus "amistades", cuando dijo que no conocía a la mujer que aparecía en sus sueños?

La respuesta llegó antes incluso de que terminase de formularse a sí misma la pregunta. No, no había tenido en cuenta a todas sus amistades si tenía en cuenta las redes sociales. Aunque no pudieran calificarse como tal por que no tenía más relación que algún "me gusta" en publicaciones o personas a las que decidía seguir por el contenido de sus publicaciones que a su vez terminaban siguiéndola a ella por gratitud o costumbre. Fue a la cocina a por un, refresco encendió el ordenador y se sentó con las piernas cruzadas en el sofá con el ordenador en el regazo, si había una posibilidad de que esa mujer existiera de verdad, la buscaría hasta que no hubiera más puertas o ventanas que abrir en pos de ello.

Lo primero que hizo, fue descartar a todos los hombres, después todas las mujeres que no fueran rubias y que no tuvieran foto de perfil, por último fue descartando por rasgos, aunque era bastante complicado teniendo en cuenta que algunas no tenían fotos actuales, pero eso era lo de menos en ese momento. Tras un estudio exhaustivo, se dio por vencida. Tres redes sociales y ninguna había arrojado ni una chispa de luz. Estaba frustrada, enfadada y se sentía estúpida.

—¿Qué narices estás haciendo, Eli? —se reprendió a sí misma dando un largo suspiro.

Su mal humor se disipó levemente cuando le entró un chat de su amigo Álvaro. Éste era amigo suyo desde la infancia además de compañero de trabajo cuando terminaron la secundaria mientras vivía en su pueblo materno. Cuando se casó, se marcharon de luna de miel a Jordania y le trajo como recuerdo un frasco con arena que recogió a escondidas de la ciudad antigua de

Petra.

Estuvo charlando con su amigo unos minutos mientras recordaban anécdotas y se ponían al día antes de despedirse con la promesa de hablar más pronto que tarde. Después de la charla, le entró una gran sensación de añoranza y, pinchando en el perfil de su amigo, seleccionó el álbum de aquel viaje que hizo a la ciudad Jordana. A medida que pasaba las imágenes, iba recordando las anécdotas que le fue contando Álvaro la primera vez que se las enseñó. Cada fotografía tenía su propia historia, en una de ellas, se veía al matrimonio en el desierto de El Siq, tras ellos se alzaba un gran cañón de paredes estrechas y tonos rojizos. La siguiente imagen, mostraba un grupo de gente señalando una gran nube de polvo mientras cuatro hombres ataviados con túnicas blancas cubrían sus cabezas y sus caras con largas telas. Al pasar a la siguiente fotografía, se ve como la mayor parte del grupo ya está cubierta con turbantes que les cubren la boca y la nariz con el objetivo de evitar que les entre el polvo. Después de descartar tres fotografías más donde lo único que se ve son borrones cubiertos de arena debido a la tormenta, llegó a una imagen que la dejó petrificada. Su amigo Álvaro aparecía con su mujer sonriendo a la cámara mientras immortalizaba el momento delante de la ciudad de Petra, pero aunque amaba todo lo referente a dicha maravilla, todo dejó de tener interés cuando se fijó en la persona que estaba detrás de su mujer. Debía estar despistada en el momento de la foto y se dio cuenta de que estaba siendo fotografiada justo en el momento en el que la cámara se accionaba quedando su imagen grabada. Eli, no se lo podía creer, se pellizcó varias veces, se metió un hielo debajo de la camiseta y casi se corta un dedo para comprobar que no era otro sueño, que era real lo que estaba viendo. ¿Álvaro conocía a aquella mujer? ¿Tendría algo que ver con Carmen, su mujer? Ya pasaban las tres de la mañana por lo que descartó llamarle y preguntarle directamente, tomó aire y abriendo la ventana de chat una vez más, comenzó a escribir.

¡Hola, Álvaro!

Te va a parecer raro lo que te voy a preguntar, pero estaba echando un ojo a las fotos de tu luna de miel y en una de las de Petra, aparece una mujer que me suena mucho y quería saber si es amiga tuya, hace poco que la vi y se me olvidó pedirle el número. No la tengo entre mis contactos y al no saber sus apellidos me está resultando imposible dar con ella. Es la mujer que aparece detrás de vosotros en la imagen del pantallazo que te envió. Me harías un gran favor si es que la conoces o la conoce Carmen y podéis ayudarme a ponerme en contacto con ella. Ya me dirás algo y gracias de antemano.

Añadió el pantallazo y pulsó el botón de envío antes de que se arrepintiera. Le latía el corazón con fuerza y un leve dolor de cabeza empezaba a hacer acto de presencia. Se levantó dejando a un lado el ordenador y fue a buscar un analgésico y una botella de agua. Veinte minutos después, el dolor había desaparecido y ella había vuelto a mirar aquellas fotografías buscando alguna más en la que se viera a la mujer con la cara destapada o que le ofreciera algún detalle más. No había nada más, tan solo una imagen en la que no se veía más que sus ojos y unos mechones de pelo, pero era algo más que un simple sueño. Ya estaba la madrugada muy avanzada cuando cerró el ordenador, Álvaro no contestaría a su mensaje a esas horas y debía tratar de descansar si no quería ir a trabajar con cara de muerto viviente. Se lavó los dientes y se metió entre las sábanas de su cama mientras le contaba a Christian en un escueto mensaje, que había encontrado a la mujer de sus sueños.

Los minutos pasaban en la oscuridad de su cuarto, agudizando los sentidos buscaba una señal que le indicase que estaba en uno de sus sueños, pero no ocurría nada. Se levantó en varias ocasiones, fue al baño, a la cocina, comprobó varias veces el chat que había abierto con su excompañero a sabiendas de que no habría contestado todavía y volvió a fijarse por última vez

en la hora que marcaba el reloj a las cinco menos veinte de la madrugada. Desesperada, puso una lista de música relajante y se giró en la cama quedando de espaldas a la ventana de su cuarto.

Sueño premonitorio

No conciliar el sueño me estaba desesperando, eran casi las cinco de la mañana y seguía siendo incapaz de dormir. La sonata que se estaba reproduciendo llegó a su fin y un silencio abrumador llenó mis sentidos. Sentía el cuerpo relajado, de pronto empecé a sentir la piel húmeda y fría, entonces abrí los ojos exaltada. Estaba oscuro, podía oír quejidos, pero no sabía ubicar su origen. Al incorporarme, mis manos dieron contra un suelo empedrado, había restos de paja y estaba mojado. Un olor nauseabundo inundó mis fosas nasales provocándome una arcada, me llevé rápidamente el brazo a la cara tratando de cubrirme las vías respiratorias, pero nada servía. Al cabo de un rato, me fui acostumbrando a la oscuridad y empecé a distinguir algunas cosas a mi alrededor. Estaba en una especie de celda, las paredes y los suelos estaban hechos de fría piedra. Miré hacia el techo y descubrí una abertura estrecha que daba al exterior a unos tres metros. Un cuenco de madera vacío y una cuchara de palo decoraban el suelo desnudo del lugar en el que me encontraba. Los quejidos y sollozos del exterior de mi estancia iban en aumento mientras la angustia crecía en mi pecho, entonces un sonido nuevo hizo aparición. Parecía un roce constante de dos piedras, me pegué a la pared y con las manos fui palpando su superficie lentamente hasta que di con una piedra del tamaño de un teléfono móvil que se estaba moviendo lentamente tratando de salir de su lugar. Agarré la cuchara de palo y traté de hacer palanca, poco a poco, la piedra fue cediendo hasta que cayó cerca de mis pies con un golpe seco. Me acerqué cautelosa al hueco que había quedado, no sabía qué podría salir de aquel agujero oscuro ni a donde daba. Me encontraba a un metro de él cuando una mano de piel clara asomó haciendo que del bote me cayese al suelo.

Respiré sonoramente mientras me incorporaba pegando la espalda a la pared contraria al agujero y entonces la oí.

—Ayúdame por favor, ella me va a matar

—contestó la mujer que había al otro lado.

Me quedé paralizada, era ella, estaba al otro lado y no tenía forma de llegar a ella ¿Qué podía hacer? Respiré hondo y fui hasta el hueco, sin pensarlo agarré con la mayor suavidad posible aquella mano y traté de darle una tranquilidad que se antojaba imposible.

—Estamos encerradas, no sé cómo puedo ayudarte —respondí mientras mi dedo pulgar acariciaba aquella mano que en un sueño anterior, había rozado mi piel.

Podía escuchar su llanto, el temblor de su cuerpo y los espasmos que le producían el frío y el miedo que invadía a mi compañera de cautiverio. Sólo podía ofrecerle mi compañía al otro lado de la fría pared.

—¿Cómo te llamas? —pregunté con la voz estrangulada por el nudo de impotencia que se había instalado en mi garganta. La mujer seguía llorando, pero mantenía su mano agarrada a la mía como si se tratase de una balsa en medio del océano.

—Me llaman Ann, pero ya no importa, al amanecer no seré nadie —contestó con un hilo de voz.

—¿Por qué estás aquí, Ann? —pregunté estúpidamente, buscando darle conversación para tratar de calmarla.

—No lo sé, he tratado de entender el motivo desde que empezó mi calvario, pero no comprendo por qué me hace esto.

—¿Quién te quiere matar, Ann? —mi pregunta hizo que su sollozo se cortara abruptamente y retirase la mano.

—¿Cómo que quién? ¿Quién eres? ¿Te ha enviado ella para reírse de mí un poco más antes de acabar con mi vida, verdad? ¿Por qué me hacéis esto? Que acabe con mi vida ya y acabe con esta tortura, ya me lo ha arrebatado todo, me entregué a ella en cuerpo y alma. Ya no me queda nada.

Cuando terminó de hablar, ya no lloraba, en su lugar quedó únicamente el sonido de su respiración agitada.

—No me ha enviado nadie, discúlpame, por favor. Debo de haber perdido la memoria por algún golpe, ni siquiera sé por qué estoy aquí o en qué momento me han traído, lo juro Ann. Por favor, continúa hablando conmigo —pedí mientras metía la mano a través del hueco buscando su contacto.

Me quedé esperando durante un largo tiempo, sentía la mano entumecida y las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas mientras pensaba que no volvería a sentir su tacto. Me estaba dando por vencida, empecé a retirar la mano y entonces volvió a agarrarme con fuerza.

—La reina.

—¿La reina?

—Ella quiere matarme, yo era su dama de compañía. Al principio me trataba con amabilidad y cariño, a veces me hacía obsequios maravillosos. Con el tiempo, comencé a enamorarme de ella y me entregué por completo. Con el tiempo, todo fue cambiando, me encerraba cada noche en una alcoba pegada a su cuarto y sólo abría la puerta para reclamar mi carne, pero al menos era delicada. Cuando una noche la rechacé, comenzaron los golpes. Una de ellas, tras una fiesta que ofrecía en palacio, vino a mi alcoba a reclamar mis atenciones. Cuando la rechacé de nuevo, desató toda su ira contra mí. Tardé tres semanas en poder ponerme en pie. Una de las sirvientas me ayudó a escapar. Hace tres días dieron conmigo trayéndome de vuelta al castillo, condenada a muerte por traición.

Cuando acabó su relato, era yo la que temblaba, la rabia se había apoderado de mí, con lágrimas de impotencia comencé a golpear la pared tratando de echar abajo aquella pared que me separaba de ella.

—No malgastes tus fuerzas, yo no tengo salvación, aunque tú tal vez tengas una oportunidad pues supongo que no te han encadenado como a mí. Ten, escóndelo entre tus ropas, cuando vengan a traer tu ración de alimento, no lo dudes y ataca. Hoy la reina tiene una recepción y toda la guardia estará alejada de los calabozos, tan sólo bajará el más maltrecho de ellos a traernos comida. Cuando esté en el suelo, aprovecha para quitarle las llaves. No vayas por las escaleras que suben, continúa recta hasta que veas una gran puerta de forja, debes atravesar la gruta y continuar por la derecha hasta el exterior

—dijo poniendo en mi mano una especie de puñal hecho con una piedra mellado acabada en una cortante punta una cuchara de palo y tela de lo que supuse que era parte de su ropa.

Agarré el puñal con fuerza y lo metí entre mi ropa volviendo a agarrar su mano con fuerza. Comenzaba a entrar claridad a través del hueco que había en la pared de mi celda, retiré la mano y me asomé como pude por el hueco que daba a la otra celda. Ann, estaba encadenada de pies y manos, pegada de espaldas a la pared donde estaba el hueco. Sus manos tenían suficiente holgura para que pudiera moverlas, pero no podía girarse para que pudiéramos vernos las caras.

—Mírame ¿puedes hacerlo?

Ella giró la cabeza y sus ojos se clavaron en mí, como dos puñales al rojo vivo. No podía verle bien el resto de la cara, pero eran los mismos ojos que había visto en los otros sueños.

—Escúchame, Ann. Volveré a por ti, conseguiré ayudarte, aunque sea lo último que haga —

dije a modo de promesa, mientras veía como sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

El cerrojo de mi celda comenzó a sonar, me aparté del hueco rápidamente y coloqué la piedra por encima para evitar que se filtrara la luz del otro lado. Un guardia cojo y muy entrado en años, abrió la puerta de mi celda con un cuenco nuevo en la mano. Sus ojos saltones repasaron mi cuerpo de arriba a abajo mientras se relamía. Sin pensarlo mucho, agarré el puñal y se lo clavé en el pecho. El guardia cayó fulminado, mi mente funcionaba a mil por hora, agarré las llaves y salí para ir a la celda de al lado. Cuando encontré la llave de la celda de Ann, la giré en su cerradura y con un fuerte chasquido se abrió. Lo había conseguido, la sacaría de ahí. Un fuerte pitido me hizo cerrar los ojos de golpe, al abrirlos la luz me cegó dolorosamente, obligándome a cerrarlos de nuevo mientras volvía a mi cuerpo, volvía a estar despierta.

Conexión evaporada

El sonido estridente del despertador la trajo de regreso al mundo real, se llevó las manos a los ojos y secó las lágrimas que cubrían sus mejillas. Al hacerlo, notó un fuerte escozor en el antebrazo que la hizo soltar un quejido sordo, en él, se extendía una laceración desde la base de la muñeca hasta la mitad del antebrazo. La luz del sol comenzaba a bañar la habitación con sus rayos, miró a su alrededor en busca de algo con lo que pudiera haberse herido de esa manera concreta. Había pocos objetos con los que pudiera hacerse daño mientras soñaba, lo había previsto y había guardado todo el día anterior. Después de dar varias vueltas por la habitación, llegó a la conclusión de que nunca lo descubriría. Fue entonces cuando se fijó en el cuadro que había descolgado el día anterior, lo había puesto entre la mesilla y la cama de forma provisional, pero debió olvidarse de que estaba ahí, la parte de madera sin pintar ni pulir estaba de cara a fuera, debió apoyar el brazo sobre él en algún momento del sueño y lo retiró arrastrándolo de forma brusca. Sentía que estaba perdiendo la cabeza, necesitaba encontrar explicación a todo lo que estaba viviendo en sus sueños, necesitaba encontrar a la mujer de los ojos azul profundo. Con un suspiro cansado, arrastró su cuerpo hasta la ducha y abrió el grifo de agua caliente para que se fuera templando. Mientras se desnudaba, su pensamiento estaba ocupado por la mirada de Ann. Cada vez que cerraba los ojos, podía verla con nitidez y las lágrimas que brotaban de aquellos ojos arañaban lo más profundo de su ser.

Faltaban diez minutos para las doce del mediodía y ya estaba en el vestuario dejando sus cosas para empezar su jornada laboral. Ocho largas horas por delante que con suerte le darían una tregua a sus pensamientos.

A pesar de llevar dos meses trabajando en la cafetería, no había hecho amistad con ninguno de sus compañeros y no es porque no fuera sociable, simplemente no congeniaban aunque tenían un trato cordial. En la barra, dos de sus compañeras reían compartiendo confidencias mientras esperaban la siguiente avalancha de personas que llegaban al local con ansias de tomar uno de sus cafés especiales. Pasaban de las cinco de la tarde, cuando empezaron a entrar los clientes. En menos de quince minutos, el local estaba a rebosar y las comandas volaban de lado a lado de la barra mientras una camarera preparaba los pedidos y la otra se los servía a los compañeros que trabajaban en la sala junto a ella. Cientos de rostros ya conocidos, hacían sus pedidos, pero a pesar de la carga de trabajo, Eli era incapaz de cambiar de pensamientos.

Cerca de la media noche, daba por concluida su jornada. No fue consciente del camino a su casa, tenía la impresión de que en su cerebro se había activado un piloto automático que movía por ella su cuerpo agotado. Después de ducharse, se tumbó en la cama con la intención de dormirse lo antes posible, pero el brillo intermitente de la luz de notificación de su teléfono, la hizo mirarlo por última vez. El nombre que leyó al ver la notificación, hizo que se incorporase de golpe, borrando de forma milagrosa todo rastro de cansancio. Con las manos temblorosas y el corazón al borde del infarto mientras abría el mensaje de su amigo Álvaro.

¡Hola, Eli!

Me encantaría poder ayudarte, pero lamento decirte que nunca antes la había visto. Lo único que puedo decirte es que su acompañante la tuvo amargada durante todo el viaje, la pobre mujer no podía ni pestañear sin que fuera un problema para la pareja. De hecho, nos enteramos de que estaban juntas, porque a pesar de que nos advirtieron a todos que trataremos de mantener las formas con nuestras parejas para evitar problemas con la moralidad del país, la

otra mujer no paraba de dar la nota. Precisamente el día de la visita a Petra, tuvieron problemas con otra de las viajeras del grupo, hasta tal punto, que llegaron a las manos. Carmen habló con ella en un par de ocasiones, para preguntarle si estaba bien, pero se la veía con tanto miedo de que la viera hablando con otra persona, que daba largas para quedarse sola antes de que volviera su pareja. Es una pena, la verdad. Sinceramente, espero que ya no esté con semejante bicho. Si consigues localizarla, dale recuerdos de parte de Carmen, se quedó muy preocupada por ella y aún hoy, a veces sale el tema y nos preguntamos qué habrá sido de ella. Parecía una buena persona. Siento no poder ayudarte, Eli. Por cierto, a ver cuándo te dejas caer por el pueblo, te echamos de menos.

Un abrazo.

La cabeza le daba vueltas mientras trataba de asimilar el mensaje que Álvaro le había enviado como respuesta. La esperanza que había sentido la noche antes al ver que la misteriosa mujer de sus sueños, aparecía en la foto de su amigo, había desaparecido, dejando en su lugar un nudo de angustia que le oprimía el pecho. contestó a su amigo de forma escueta, aunque cordial, prometiéndole que iría a visitarlos cuando pudiera y cerró la aplicación con un vacío inmenso en su interior. Cerró los ojos, acunada por la oscuridad de su cuarto, mientras esperaba a que su sueño la transportase al océano azul de Ann.

Cuando sonó el despertador, se despertó con una energía superior a la que había tenido durante los días pasados, apartó las sábanas cuidadosamente mientras buscaba cualquier señal inusual. Aún estaba oscuro, se oían las gotas de lluvia golpear contra los cristales. Los relámpagos iluminaban con sus fogonazos la oscura estancia. Eli, no se atrevía a hacer ningún ruido, buscaba por todos los rincones de la casa, se asomaba de cuando en cuando al balcón, esperando ver la figura de Ann llamándola desde la calle. Pasó varias horas buscando una señal que no llegaba, arrastrando los pies, fue hasta la cocina y se sentó en un taburete mientras dejaba apoyado medio cuerpo sobre la encimera.

—¿Dónde estás, Ann? —preguntó en voz alta, con la cabeza escondida bajo sus brazos.

Al incorporarse, golpeó sin querer la pequeña fuente de cristal donde ponía la fruta, haciéndola caer con un estrepitoso sonido y haciéndose añicos.

—Oh, ¡genial! —dijo mientras se agachaba a recoger los cristales más grandes, pensando que era absurdo recoger en un sueño, pues cuando despertase, todo volvería a estar en su sitio, o no...

—¡Mierda!, mierda, mierda, mierda...

—maldijo cubriéndose un feo corte en la palma de la mano.

Se incorporó dejando los cristales en el suelo de nuevo y fue corriendo al fregadero para tratar de cortar la hemorragia, fue entonces, cuando se dio cuenta de que estaba despierta, aquella noche, no había soñado con Ann. Se vistió lo más rápido que pudo y bajó a la calle a toda prisa, la herida no paraba de sangrar y un dolor punzante le subía hasta el codo. No había llegado a la parada de taxis, cuando el primero de la fila le hizo un gesto de apremio mientras le abría la puerta trasera. Eli se deslizó en el asiento trasero mientras cubría su mano con una toalla que ya empezaba a servir de poco, pues el blanco había desaparecido casi por completo, empapada por su sangre. Al llegar al hospital, el taxista se apiadó de ella y la llevó hasta la sala de espera, donde una enfermera se hizo cargo al instante al ver la cantidad de sangre que empapaba la toalla. Ocho puntos, una inyección antitetánica y un gran dolor de cabeza después, salió de urgencias. El taxista la estaba esperando en la puerta, mientras charlaba con una enfermera.

—¿Cómo se encuentra, señorita?

— preguntó el conductor con preocupación.

—Bien, gracias. Gracias por traerme tan rápido y por esperar. Siento no haberle pagado antes,

el dolor no me dejaba pensar, y no me he dado cuenta hasta que le he visto ahora.

—respondió ella llevándose la mano al bolso, claramente abochornada por la situación.

—No se preocupe, por favor. Usted necesitaba ayuda y yo estaba aburrido y ocioso —dijo el conductor, con una sonrisa enorme mientras le volvía a abrir la puerta del asiento trasero—. Supongo que necesita volver a su casa, me paga esta carrera, me promete tener más cuidado la próxima vez y quedamos en paz.

La generosidad de aquel hombre, hizo que la desilusión que sentía por no haber vuelto a ver a la mujer de sus sueños, se disipara levemente.

El taxista comenzaba su carrera, cuando Eli se giró para mirar la entrada de urgencias a través de la ventanilla. En ese momento, bajaban de una ambulancia a una mujer con la melena rubia y el rostro cubierto de sangre. El corazón le dio un vuelco al verla, apartó la mirada y trató de centrarse en la conversación que le daba el conductor, pero la primera persona en la que pensó fue en la mujer que había estado viendo en sueños.

Cuando llegó a su casa, era un manojo de nervios. Llamó al trabajo para comunicar su accidente y le dieron el resto de la semana libre. Se cambió de ropa, se tomó los medicamentos que le habían recetado y se tumbó en el sofá con la sensación de no haber dormido en tres días. Se puso los cascos, seleccionó la lista de música relajante que solía ponerse cuando estaba estresada y cerró los ojos mientras trataba de concentrarse en los latidos de su corazón.

Sueño revelador

Hacía un par de horas que había llegado a casa, aún sentía un dolor punzante en la mano, pero la medicación y la música que sonaba, habían conseguido calmarme lo suficiente como para que se normalizaran los latidos de mi corazón. Sentía que mi cuerpo comenzaba a relajarse y el dolor pasaba a un segundo plano, cuando un sonido atronador hizo que me pusiera en alerta, provocando que abriera los ojos en el acto. Al hacerlo, me vi en una estancia blanca con una luz tan pura, que me hizo pestañear varias veces tratando de controlar el dolor ocular que me provocaba. Cuando conseguí acostumbrarme a la luminosidad, comencé a caminar sin rumbo buscando señales de vida, pero el lugar estaba desierto. Tras unos minutos caminando, comencé a escuchar el sonido lejano de un sollozo apagado, tenía la sensación de que venía de otro plano. Era, como cuando estás viendo la televisión en el salón y en el cuarto de al lado están viendo lo mismo que tú, o como cuando estás debajo del agua y fuera hablan a voces, puedes entender lo que se dice aunque no te sientes parte de ese espacio.

Seguí caminando, tratando de agudizar los sentidos. A medida que caminaba, el sonido del llanto crecía, se hacía más real y mis nervios iban en aumento.

Poco a poco, la luz comenzó a atenuarse y el llanto se calmaba dando paso a un leve quejido. Al final de la gran estancia, había una puerta tan blanca como el resto del lugar. No había ninguna pared que la sostuviera, pero el sonido venía de detrás de ella. Rodeé la puerta mientras me sentía parte de un personaje de dibujos animados, tratando de encontrarle el sentido a que el sonido llegase a través de la puerta hasta que me di por vencida y giré la manilla.

Cuando la abrí, dejé al descubierto una estancia oscura, levemente iluminada por la luz de una vela. Volví a rodear la puerta sin encontrarle el sentido y con el corazón nuevamente desbocado, me adentré en la oscuridad de aquella extraña sala. La puerta por la que había entrado, se cerró tras de mí con un chasquido burlón. Me giré para abrirla y dejar que la luz del exterior iluminara parte de la sala en la que me encontraba, pero la puerta había desaparecido. En su lugar, se extendía un muro de ladrillo, el crujido del suelo de madera bajo mis pies descalzos y el sonido que quedaba tras el llanto que me había traído hasta aquí, me estaban poniendo la piel de gallina. Armándome de valor, comencé a caminar hacia la luz de la vela. Con pasos cortos e inseguros fui avanzando, tratando de identificar las siluetas que se dibujaban en la oscuridad. Un sofá pequeño, un sillón orejero, una mesa de café y una lámpara de pie que permanecía apagada, conformaban el mobiliario. Estaba llegando a la parte trasera del sillón, cuando comencé a distinguir el color del pelo de la persona que se encontraba sentada en él. Por un momento, me quedé parada, esperando algún movimiento por su parte, pero no movía ni un músculo. Continué avanzando, evitando en la medida de lo posible hacer cualquier ruido brusco que pudiera asustar a esa persona. Cuatro pasos más, y me encontraba frente a la mujer que se deshacía en lágrimas amargas.

Al ver sus rasgos, comenzaron a sonar mis alertas internas. El pelo rubio ondulado y la piel clara, las manos finas y huesudas que ocultaban su cara. Todo me recordaba a Ann. Me acuclillé frente a ella y acaricié sus manos con sumo cuidado, haciendo que diera un respingo al sentirse descubierta. Cuando se apartó las manos de la cara, pude ver el miedo reflejado en sus ojos. Poco a poco, el gesto fue cambiando a una mezcla entre asombro y curiosidad.

—Ann, ¿qué te pasa? —pregunté sin apartar mis manos de las suyas.

—¿Ann? , hace años que nadie me llama así. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó desconcertada.

Su contestación, me dejó fuera de juego por unos instantes. ¿Qué podía contestarle?

—Me llamo Elizandhe. Siendo sincera, no sé cómo he llegado hasta aquí. Simplemente, desperté en una sala blanca y comencé a andar, cuando escuché tu llanto y seguí el sonido hasta una puerta. Cuando la abrí, entré y al girarme para abrir la puerta y que entrase luz, la puerta había desaparecido... —respondí mientras notaba el calor cubriendo mis mejillas, resultado de la vergüenza que me daba hablar con ella cara a cara.

No sabría descifrar su semblante, tampoco el tiempo que estuvo analizando mi respuesta, pero había dejado de llorar, y eso fue algo que hizo que me relajase rápidamente.

—¿Eres consciente de que lo que me has contado no tiene sentido, verdad? —dijo mientras seguía analizándome con aquella mirada que se tornaba casi negra por la escasa luz.

—Lo sé, pero es la verdad. ¿Has tratado de salir de aquí?

Al escuchar la pregunta, cambió su gesto. Se llevó un dedo a los labios mientras meditaba la respuesta.

—La verdad es, que yo tampoco sé muy bien cómo he llegado aquí, ni siquiera sé en qué momento me quedé dormida. Cuando me he despertado, estaba en ese sofá tumbada. —dijo señalando el pequeño sofá de dos plazas que había a un lado.

—Acompáñame, busquemos una salida —propuso poniéndose en pie de forma resolutiva.

Agarró la vela y comenzó a caminar por la estancia seguida por mí, mientras tanteaba las paredes en busca de alguna puerta oculta, ya que no había ninguna a la vista. Al cabo de varias vueltas, nos dimos por vencidas dejándonos caer en el sofá

—¿Cómo es posible? —preguntó sin esperar una respuesta.

—Tengo una teoría, aunque te advierto que puede sonar absurdo e incluso fantasioso —dije mientras ella sostenía su mirada fija en mí por encima de la luz de la vela.

—Después de esto, puedo creer cualquier cosa.

—Bien. Creo que esto es un sueño y que tú y yo, estamos conectadas de alguna manera.

Ann, me miraba perpleja. Movía los labios con la intención de decir algo, pero las palabras no llegaban a salir de ellos. Tras varios minutos en silencio, comencé a pensar que en realidad, estaba buscando una explicación de darle a una mujer que no sabía si existía en la vida real y que además, estaba en mis sueños.

—Mi subconsciente debe de estar tomándome el pelo ¿Qué pretendo hablando con una mujer que sólo conozco a través de mis sueños? —dije en voz alta cuando comenzaba a desesperarme.

Nunca me han gustado los espacios cerrados, mucho menos si están oscuros y aunque sabía que no era real, que sólo existía en una parte de mi cerebro, la angustia se apoderaba de mí.

—¿Perdona?, tú eres quien se ha metido en mis sueños, pero jamás te había visto antes

—contestó Ann, bastante ofendida.

Fue entonces, cuando me di cuenta de lo mucho que me dolía sentirla de esa manera. Sé que era irracional, teniendo en cuenta la situación, pero era como me sentía y eso me hizo buscar una solución.

—Está bien, hagamos una cosa. Supongamos, que esto es un sueño que por algún misterio del universo, estamos compartiendo. Tú dices que jamás me habías visto, ni siquiera en sueños. Yo llevo varios sueños cruzándome con tu mirada. ¿Qué te parece, si nos relajamos y tratamos de conocernos un poco? Al fin y al cabo, estamos compartiendo un espacio muy pequeño, en una sala completamente cerrada y parece que va a seguir siendo así hasta que nos despertemos.

Ann, me miraba desde su posición al otro lado del sofá, mientras sopesaba las opciones, que

no eran muchas a decir verdad. Tras un tiempo de cortesía, extendí la mano en su dirección para cerrar el trato, fue entonces cuando su gesto volvió a cambiar. El brazo que extendí, era el mismo que metí a través del hueco durante el sueño de las celdas. Tenía una laceración bastante llamativa en el antebrazo y de mi muñeca colgaba una pulsera con una lágrima agua marina que siempre llevaba puesta.

—Conozco esta pulsera, la he visto antes...

—dijo mirando de forma intermitente entre la pulsera y mis ojos.

—Es lo único que me queda de mi abuela, su padre se la regaló cuando se casó, él fabricaba joyas... —dije con el pulso nuevamente acelerado.

—Es extraño, juraría haberla visto antes... Por cierto, ¿qué te ha pasado, para estar tan herida? —preguntó señalando mis brazos.

—Oh, esto —dije señalando la laceración del antebrazo—. Supongo que me lo hice mientras dormía con el filo de un marco que coloqué entre la cama y la mesilla, y lo de la mano, me he cortado esta mañana con un cristal —expliqué, omitiendo el sueño que había tenido, donde ella estaba condenada a muerte.

—Parece que eres propensa a tener accidentes —comentó en un tono extraño, mientras dejaba la mirada perdida en la llama de la vela.

—Digamos que llevo una racha importante, así que trata de mantener esa llama alejada de mí —contesté con fingido gesto de horror, mientras daba un par de pasos hacia atrás.

Ann, comenzó a reír abiertamente y en pocos instantes, las dos nos moríamos de carcajadas tiradas en el sofá, mientras nos retorcíamos en busca de oxígeno.

Una vez rota la tensión, comenzamos a charlar, con preguntas y respuestas muy básicas, seguimos riendo con alguna anécdota sobre mis múltiples accidentes, hasta que comencé a escuchar un sonido extraño.

—Un segundo, Ann —dije mientras levantaba la mano para que guardase silencio—. ¿Oyes eso?

—No, no oigo nada —contestó desconcertada.

Yo, escuchaba el sonido cada vez más claro, era un ruido enlatado que cada vez sonaba con más fuerza. Volví a preguntarle, pero ella seguía sin escuchar nada. Al cabo de unos minutos, el sonido era tan insoportable, que cerré los ojos con fuerza mientras trataba de tapar el sonido apretando mis manos contra mis orejas. Cuando abrí los ojos desesperada buscando su mirada, Ann había desaparecido junto a aquella estancia oscura. Volvía a estar en casa y alguien llamaba insistentemente al portero automático.

Cambio de aires

Eli, sacudió la cabeza mientras se frotaba la cara con las manos y suspiraba ostensiblemente. La habían sacado de su sueño, el primero en el que interactuaba plenamente con Ann y le escocía fuertemente que la hubieran arrancado de él.

Se levantó visiblemente molesta y fue con grandes zancadas hasta el telefonillo.

—¿Quién es? —preguntó alzando la voz más de lo necesario.

—Eli, soy Christian ¿Estás bien? Llevo toda la mañana llamándote y me he preocupado —respondió su amigo, casi en un susurro, acobardado por el tono con el que había respondido.

Eli, tomó aire obligándose a calmar su enfado y le dio acceso al edificio. Cuando Christian llegó, soltó un pequeño grito ahogado al ver la mano de su amiga.

—Tía, ¿qué narices te ha pasado?

—preguntó alarmada, mientras la abrazaba con cuidado, tratando de no tocar la mano herida.

—Hola, Christian. Pasa, deja que me lave la cara y te cuento. Ponte cómodo, estás en tu casa.

Eli, necesitaba unos instantes para recuperar la compostura, hizo lo que le dijo a su amigo y volvió sintiéndose algo más humana.

—¿Mejor? —preguntó Christian al ver aparecer a su amiga.

Ella, afirmó con un gesto de la cabeza mientras se acercaba al sofá para sentarse junto a él.

—Vale, ahora cuéntame qué te ha pasado ahí, por favor —dijo éste con semblante preocupado.

—Sé me calló la fuente de fruta y me corte recogiendo los cristales —contestó elevando los hombros en un gesto de despreocupación.

Christian notaba extraña a su amiga, a pesar de conocerla desde hacía muy poco, habían creado una conexión enorme desde el primer encuentro que tuvieron.

—Entonces, ¿puedo rogarte que me expliques qué es eso de que has encontrado a la mujer de tus sueños? —Ella esbozó una sonrisa triste al escuchar la pregunta.

—Pues eso, que la he encontrado, pero a la vez sigo sin encontrarla...

—Ilumíname, por favor. Me acabo de perder.

Eli, comenzó a relatarle todo lo que pasó desde que vio la fotografía en el perfil de su excompañero, hasta esa misma tarde mientras su amigo la escuchaba con toda la atención del mundo.

—¿Crees que estoy loca, verdad?

—No, no creo que estés loca. Creo que a veces tenemos cierta conexión con algunas personas que nos lleva a compartir espacios en un plano distinto al nuestro. De hecho, fui yo quien te dijo que la buscaras, ¿recuerdas?

—contestó mientras acariciaba el hombro de su amiga.

—¿Qué voy a hacer, Christian? ¿Cómo voy a dar con ella, si cada vez que tengo un acercamiento durante mis sueños, me despierto? ¿Y si no vuelvo a soñar con ella?

—Creo que lo primero es que te calmes y tratemos de hacer que te despejes. ¿Vamos a tomar un trozo de tarta? Te vendrá bien salir

—propuso su amigo mientras se ponía en pie torpemente mientras se ayudaba de sus muletas. Agarró a su amiga de la mano y tiró de ella para que se levantara.

Una hora después, se encontraban sentados en su mesa favorita de aquella cafetería que vio

nacer su amistad, degustando un par de trozos de la tarta que preparaba la dueña del establecimiento mientras charlaban sobre temas banales. Los tonos anaranjados del atardecer, bañaban el local de sus colores mientras los dos amigos miraban ensimismados como el sol se escondía tras los edificios. La tormenta había cesado durante la siesta de Eli, dejando un ambiente limpio y fresco. El último rayo de sol, escapó de entre los ladrillos de los edificios, regalando a los más curiosos esos tonos que destacan con el último suspiro de la estrella antes de ocultarse.

—¿Qué planes tienes?

—Encerrarme en casa y lamer mis heridas mientras espero a que llegue a visitarme la mujer de mis sueños —dijo Eli, sonriendo al darse cuenta del doble sentido de la frase después de dar un profundo suspiro. Los dos se echaron a reír de forma escandalosa, llamando la atención de la dueña del local.

—Vosotros dos, ¿de qué os reís tanto? Estáis contagiando a los clientes —preguntó Alma, mientras les señalaba sonriente.

—Mi amiga, que está desesperada por que llegue la mujer de sus sueños y quiere irse a casa a meterse en la cama —contestó Christian carcajeándose, haciendo que la piel de Eli, aceitunada por naturaleza, se tornara de un tono carmesí.

—No sé para qué te cuento nada

—contestó ésta, avergonzada.

—No te preocupes mujer, yo también estoy deseando que el hombre de mis sueños venga a mí y me haga olvidar —respondió Alma con un gesto dramático mientras miraba hacia la puerta del local, que en ese momento hacía sonar las campanillas que tenía colgadas—. Y hablando del rey de Roma... Os dejo amores, estáis invitados.

—dijo antes de ir al encuentro de un nuevo cliente con dotes de Adonis, mientras Christian y Elizandhe, seguían con la mirada a la dueña mientras volvían a reír a carcajadas.

—¿Y bien? ,te propongo algo, vamos a cenar a una taberna Argentina que conozco muy cerca del centro, pedimos algo de parrilla y después vamos a tomar una copa. Seguro que te viene bien y así nos hacemos compañía mutua. Alberto hoy está de niño hasta que Alma vuelva a casa, tiene que hacer inventario, así que no le espero hasta entrada la noche. Luego vendrá a buscarnos. ¿Qué me dices, bombón? —propuso Christian mientras ponía ojos de niño bueno.

—Me parece bien, he dormido varias horas de siesta y creo que me vendrá bien dejar de darle tantas vueltas al asunto

—aceptó Eli, haciendo que la alegría se reflejara en la mirada anñada de su amigo.

Decidieron que lo mejor sería moverse en taxi, no estaban lejos del centro, pero Eli no podía conducir con la mano llena de puntos y Christian se negaba a ir andando con las muletas a cuestas y una pierna rota.

Cuando llegaron al local, el olor que les golpeó las fosas nasales, provocó que comenzase a salivar copiosamente. El local, era pequeño y acogedor. Su mobiliario constaba de cuatro mesas altas con dos taburetes por mesa, y doce taburetes colocados frente a la barra. Sus pareces estaban llenas de fotografías de lugares de Argentina, la bandera del país y poco más. Su parrilla, situada detrás de la barra, abarcaba la mitad de ésta de lado a lado, el crepitar de la leña, te invitaba a contemplarla ensimismada.

Tras la cena, decidieron pasarse por la zona de ambiente y tomar una copa antes de retirarse. La taberna donde habían cenado, estaba a escasos tres minutos del cogollo de locales de ambiente, así que pasearon mientras charlaban y bajaban la cena. Las calles estaban repletas de gente a pesar de ser martes. Eli guiaba los pasos de los dos por inercia hacia el pub donde

trabajaba Sandra, otra de las personas con las que había entablado amistad hacía escasos días. Cuando entraron, el local estaba poco concurrido y la camarera, estaba apoyada en la barra charlando con una pareja de chicas.

—¡Hola, Sandra!

—¡Vaya, has vuelto! —contestó la camarera mientras se acercaba hasta ellos—. ¿Qué te ha pasado, Eli? —preguntó la camarera con la cara desencajada al ver el vendaje en su mano.

—Oh, me he cortado recogiendo unos cristales. Tengo unas dotes innatas para herirme sin intención —respondió ésta encogiéndose de hombros.

—Vaya, entonces apartaré de tu alcance los objetos potencialmente peligrosos

—bromeó Sandra mientras reía abiertamente—. ¿Qué vais a tomar? ¿*Gin tonic* sin, Eli? —preguntó mientras ponía dos copas de balón sobre la barra.

—¡Qué memoria! Sí, por favor, estaba delicioso el que me serviste la otra noche.

—¡Perfecto! ¿Y para nuestro súper chico?

—preguntó la camarera guiñándole el ojo a Christian y haciendo que este se ruborizase ligeramente por el apelativo.

—Tomaré lo mismo, el alcohol no combina con los antiinflamatorios —contestó con mueca de fastidio.

Sandra les sirvió las bebidas y se disculpó para seguir atendiendo a los clientes, dejando a los dos amigos en mutua compañía mientras disfrutaban de sus consumiciones.

La noche pasaba rápido. La conversación amena y la grata compañía, hicieron que Eli por fin consiguiera relajarse. Cuando terminaron sus consumiciones, la camarera se acercó de nuevo a ellos.

—Perdonad, preciosos. Hoy tengo un día raro, entre el inventario y los clientes, no he tenido tiempo de charlar con vosotros. Por cierto, ¿cómo fue con *King Kong*? Escribí a Marla al día siguiente, supongo que ya estaba de camino a su retiro y apaga el móvil porque allí no tiene cobertura.

—Alberto avisó a sus compañeros para que pasaran con una patrulla, así que cuando llegamos ya se había marchado. Marla pudo entrar en su casa sin problemas —comentó Christian.

—¿Marla se ha marchado de retiro sabiendo que la loca de su cuñada va detrás de su hermana? —preguntó Eli extrañada.

—No, su hermana salía de viaje también, tenía una de esas historias de moda en París, de hecho. Trató de conseguir billete y alojamiento para acompañar a su hermana, pero fue imposible. Al parecer el evento ése, mueve masas... —respondió la camarera.

—Es verdad, lo comentó la otra noche. Perdona, me resultaba extraño —se disculpó avergonzada mientras movía el agua que quedaba en el fondo de su copa.

—No pasa nada, yo también habría pensado lo mismo —dijo la camarera restándole importancia—. ¿Os apetece otra?

—No gracias, Sandra. Necesito volver a casa y tomar los calmantes. Además, se está haciendo muy tarde —contestó Eli mientras sacaba la cartera para pagar.

—Yo tampoco, preciosa. También necesito llegar a mi cuchitril y poner la pierna en alto.

—secundó Christian, mientras hacía un puchero exagerado que hizo reír a las chicas.

Pagaron sus consumiciones y, antes de salir, intercambiaron los números de teléfono. Al salir, las calles comenzaban a quedarse desiertas. Anduvieron unos metros hasta la parada de taxis y se despidieron, tomando caminos distintos.

Al llegar a casa, Eli se sentía algo más tranquila. Se cambió de ropa, se lavó los dientes y se metió en la cama pensando en qué le diría a la mujer de sus sueños si algún día la tuviera delante

en la vida real.

Sueños conectados

Llevaba un rato en la cama, cuando empezó a entrarme una sed exagerada. Salí de entre las sábanas rezongando para ir a por un vaso de agua. Abrí la puerta del dormitorio y la luz que había en el exterior me hizo retroceder tratando de cubrirme los ojos. Con la mano agarrada al pomo de la puerta, me giré para comprobar que seguía en mi cuarto, pero la habitación había desaparecido, dejando un lugar vacío y oscuro tras de mí. Crucé la puerta y comencé a caminar por aquel lugar de aspecto antiséptico. El silencio ocupaba todo el espacio de infinita parecía. Perdí la noción del tiempo mientras recorría el blanco suelo hasta que vi a lo lejos la misma puerta que en el sueño anterior. En realidad, algo había cambiado, ya no escuchaba ningún llanto tras la puerta.

Cuando llegué hasta ella, giré el pomo con las manos temblorosas. No sabía qué me encontraría detrás. De volver a encontrar a Ann, ¿me reconocería? O por el contrario, ¿volvería a ser una extraña?

Atravesé el umbral de la puerta y cerré tras de mí. La habitación en la que me encontraba, no había cambiado con respecto al sueño anterior. La mesa de café, el sillón orejero, la lámpara sin luz y el pequeño sofá, seguían en el mismo lugar. Caminé lentamente hasta el centro de la estancia, en el sofá estaba Ann acostada. Llevaba la misma ropa que en el sueño anterior, estaba dormida en posición fetal, ocultando parcialmente su cara entre las manos. Me acerqué a ella con cuidado y toqué su hombro con delicadeza. Ann abrió los ojos y al verme se irguió rápidamente.

—¿Cómo has entrado? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Acabo de llegar y he entrado por la puerta —dije señalando hacia el lugar por el que había entrado antes de que la puerta desapareciese—. ¿Me recuerdas, Ann?

—Claro que te recuerdo, llevo horas esperando a que volvieras para sacarme de aquí —contestó con el ceño fruncido.

—No sé salir de aquí, Ann. ¿No te has despertado aún? —pregunté mientras comenzaba a preocuparme que ella no hubiera salido del sueño.

—No, de hecho, a veces incluso me quedo dormida aquí tumbada cuando la luz de la vela se apaga, es extraño. Sueño con un pitido intermitente y voces que no consigo entender. A veces, veo fogonazos de luz, pero nada más y cuando me despierto, estoy otra vez aquí y la vela vuelve a estar como nueva —respondió, con la mirada ausente—. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué no vuelvo a mi vida normal? ¿Por qué sigo aquí, Eli?

Las preguntas salían de forma atropellada de sus labios mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Me senté junto a ella acariciando su espalda en un gesto tranquilizador, mientras sus preguntas retumbaban en mi mente una y otra vez. No tenía las respuestas que necesitaba, pero las buscaría incansable.

—¿Por qué has vuelto, Eli? —preguntó clavando su mirada en mi alma.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, atravesando mis sentidos, no sabía por qué había vuelto a aquel lugar, pero tenía claro que lo deseaba. Deseaba estar a su lado y así se lo hice saber.

—No tengo las respuestas que necesitas, Ann. No sé lo que está pasando, pero sí puedo decirte que no querría estar en ningún otro lugar. Trataré de encontrar las respuestas que necesitas.

—¿Por qué, Eli? ¿Por qué no querrías estar en ningún otro lugar? No me conoces

—me preguntó desconcertada.

—Porque siento que es donde debo estar. Al principio, pensaba que me estaba volviendo loca. Soñaba cada noche contigo, en épocas y situaciones diferentes. En los primeros sueños, sólo veía tu mirada, después empecé a interactuar contigo, pero no podía verte la cara y me frustraba. Hubo un sueño, en el que me llamaste pidiendo ayuda, era de noche y estaba en mi casa. Comenzó a sonar mi teléfono y al descolgar, eras tú. Me pedías que te ayudase, bajé en tu encuentro, pero te alejabas huyendo de alguien. Cuando desperté de aquel sueño, me propuse encontrarte. Le conté a mi amigo Christian lo que me estaba pasando y lejos de tomarme por loca, me ánimo a buscarte. Sabía que era una locura, encontraría antes una aguja en un pajar, pero debía intentarlo. Comencé por buscarte en redes sociales, aunque sin saber tu nombre, era muy complicado. Fui seleccionando las imágenes de los contactos que tenía y que se aproximaban algo a tus rasgos, pero ninguna tenía tu mirada. Cuando desistí, me entretuve mirando las fotografías de la luna de miel que un amigo mío tenía subidas en su perfil. Pasaba las fotos distraída mientras recordaba las anécdotas que nos contó a su vuelta y, de pronto, te vi. Ahí estabas, con la cara cubierta, pero era tu mirada. Salías detrás de ellos en una foto tomada en Petra...

—Espera un momento, ¿has dicho Petra? Hace años de aquel viaje, ¿cómo es posible?

—No lo sé, Ann.

—Anisa. —corrigió ella clavando su mirada una vez más—. Me llamo Anisa, sólo mi abuela materna me llamaba Ann

—explicó con un halo de tristeza reflejado en su rostro—. Continúa por favor, necesito entender lo que está pasando o al menos, comprender por qué estamos conectadas de esta manera.

—Está bien, cuando te vi en aquella foto, escribí a mi amigo preguntándole por ti. Pensaba que existía la posibilidad de que entablaran amistad contigo su mujer y él. Esa misma noche volví a soñar contigo. Estábamos en unas celdas de la época medieval. Tú, conseguiste empujar una de las piedras que nos separaban y comenzamos a hablar. Me dijiste que estabas condenada a muerte por la reina, que su condena era porque trataste de huir de ella. Habíais sido amantes, pero una noche casi te mata, así que cuando te recuperaste lo suficiente, una sirvienta te ayudó a escapar, pero consiguió dar contigo y te condenó. Ese fue el último sueño que tuve antes de nuestro primer encuentro aquí. Todos los sueños se desarrollaban en épocas diferentes, te he visto entre las dunas, en un palacio mientras cosías prendas de seda sobre mi cuerpo semidesnudo, encerrada en una celda, bajo la lluvia en la calle en la que vivo. En todas parecía que huías de algo o alguien. En algunas, me pedías ayuda y yo me desesperaba al despertar.

Cuando acabé mi relato, fui consciente de la leve caricia de su pulgar sobre mi mano. Al verse descubierta, apartó la mano mientras se ruborizaba y yo sentí un gran vacío llenando ese lugar donde había tenido el contacto de su piel.

—Es curioso, ¿sabes? Hay parte de realidad en esos sueños. Mi nombre, mi profesión, la relación con algunos de los lugares y la reina...

—dijo bajando la voz al llegar a ese último detalle.

—¿Te liaste con una reina que casi te mata y te condenó a muerte? —pregunté con cara de horror, lo que arrancó en Anisa la primera carcajada, llenando mi pecho de alegría.

—No, burra. Mi ex mujer se apellida Reina. El viaje a Petra fue por nuestro aniversario, nos habíamos casado hacía un año. Al principio todo fue maravilloso, ella era dulce y atenta. Con el paso del tiempo, me hice un hueco en la moda, comencé a trabajar para un diseñador de prestigio internacional y empezaron los viajes y los eventos sociales a los que debía acudir. Entonces

empezaron los ataques de celos, cuando volvimos de Petra, me pegó por primera vez. Al día siguiente, volvió con un ramo de rosas y una gargantilla, me rogó que la perdonase y me juró que no volvería a tocarme de esa manera, y así fue. Me trataba como a una simple amante, me utilizaba cuando ella quería y sólo tenía palabras de desprecio, pero no volvió a pegarme hasta cuatro meses después. Por aquel entonces, ya me había anulado completamente, haciéndome creer que nadie más querría estar junto a mí. Una tarde, llegué a casa más tarde de lo previsto, ella estaba borracha y colocada. Traté de guardar las distancias con ella, pero ella tenía otros planes, se abalanzó sobre mí dándome un fuerte golpe en la cabeza que me hizo caer, se sentó a horcajadas sobre mí, tratando de desnudarme, pero me zafaba de sus intentos una y otra vez rogándole que parase hasta que se cansó y comenzó a golpearme. Siempre lo hacía en lugares que no fueran visibles, hasta hace dos semanas. Me encontré con una modelo en el restaurante donde salimos a cenar, la saludé y nos despedimos rápidamente, a mi exmujer no le hizo gracia, pero no dijo nada. Cuando llegamos a casa tras la cena, me dio un fuerte empujón y me estampó contra la pared, cuando me giré buscando una explicación, encajó su puño en mi labio y me lo partió. Esto es por tu culpa, me decía mientras me arrastraba del pelo hasta la habitación. Me tiró con fuerza sobre la cama y me ató de pies y manos. Cuando me tuvo como quería, arrancó mi ropa y comenzó a manosearme mientras me decía que era suya, pensé que después de violarme, me mataría y en parte así fue. Cuando se cansó de usar mi cuerpo a su antojo, trató de besarme y me aparté, entonces comenzó a golpearme una y otra vez hasta que se dio por satisfecha y me soltó.

Aquella noche, esperé a que estuviera dormida y me fui a casa de mi hermana. Ella me llevó al hospital, curaron mis heridas y me fui con ella a su casa. No sé qué habría hecho sin ella, de no haber sido por Marla, posibl...

—Espera, ¿has dicho Marla? ¿Eres la hermana de Mar? —la cabeza me daba vueltas, ahora tenía sentido todo lo que me estaba contando. Ahí tenía la conexión que me llevaría hasta ella.

—¿Conoces a mi hermana? —preguntó Anisa con los ojos desorbitados.

—La conocí la noche antes de tu viaje a París. Tengo un conocido policía, cuando nos contó que tu ex os acosaba y estaba esperando en el portal de su casa, le llamé y la acompañamos para asegurarnos de que os dejaba en paz, pero cuando llegamos, ya se había marchado. Cuando le conté al policía lo que pasaba, dio aviso a sus compañeros y debió huir al ver el coche patrulla.

—¡El viaje a París, No llegué a coger el vuelo! Estaba llegando a la parada de taxis cuando ella apareció en su coche, solté la maleta y eché a correr en dirección contraria tratando de perderla de vista. Recorrí varias calles hasta que dejé de oír el motor del coche. Cuando creí estar a salvo, fui a casa de mi hermana, pero al entrar al portal algo me golpeó en la cabeza y entonces me desperté aquí —Anisa hablaba atropelladamente con el rostro desencajado mientras los recuerdos que habían estado dormidos golpeaban su mente con una dosis de cruda realidad—. ¿Crees que he muerto? Tal vez por eso no puedo salir de este sueño...

Sus palabras atravesaron mis sentidos como puñales de hielo. No, no podía estar muerta. Tenía que averiguar qué había pasado, debía despertarme y conseguir localizar a Marla.

—Te vi aquella mañana, yo recogí tu maleta. Estaba en la cafetería que hay frente a la parada de taxis y lo vi todo. Cuando llegué hasta donde estaba la maleta, ya habías desaparecido calle arriba y solo pude identificar la marca del coche que te seguía. La dueña del local llamó a la policía. Cuando llegaron contamos todo lo que habíamos visto y les entregué tu maleta. Poco después me encontré con tu hermana, pero no me dijo nada —relaté lo que viví aquella mañana tratando de tranquilizar sus pensamientos de algún modo—. Tengo entendido, que tu hermana se fue esa misma mañana de retiro, además, sé dónde vivís. Cuando despierte iré a buscarte. Te

encontraré, Anisa, haré lo que esté en mi mano para sacarte de esta pesadilla.

Sus ojos se clavaron en los míos mientras deslizaba su mano por mi mejilla, de repente tuve la sensación de que el tiempo se paraba. Su mirada estaba cambiando, un nuevo brillo iluminaba sus pupilas. Lentamente nuestros rostros se acercaron, llenando el espacio que nos separaba. Posó su frente sobre la mía, notaba su aliento acariciar mis labios.

—¿Por qué no te conocí antes?

—preguntó en un susurro mientras una lágrima escapaba resbalando burlona por su mejilla.

La limpie con mi pulgar y cerré los ojos mientras eliminaba la distancia que quedaba entre nosotras, para besar sus labios. Tras aquel efímero beso con sabor a delirio, abrí los ojos en busca de su mirada, pero no quedaba ni rastro de ella. Volvía a estar en mi cuarto.

Encontrando el camino

La luz del amanecer comenzaba a filtrarse por la ventana cuando Eli despertó. La congoja le cubrió los ojos de lágrimas mientras rezaba en silencio porque todo lo que Anisa le había contado durante el sueño, fuera parte de una fantasía enfermiza que su mente había creado en busca de una explicación.

Sabía que solo había una manera de averiguar si así era. Salió de entre las sábanas y se vistió a toda prisa, con la firme intención de encontrar las respuestas que necesitaba.

Mientras buscaba las llaves del coche, agarró su teléfono móvil y buscó el número de Christian, necesitaba a alguien que la anclara a la realidad.

—¡Buenos días, preciosa!

—Hola, Christian. Necesito contarte algo. ¿Podemos vernos? —preguntó Eli de forma atropellada.

—Quedamos dentro de veinte minutos en nuestra cafetería —contestó su amigo sin pedir explicaciones.

—Gracias, Chris. No sé qué sería de mi cordura sin ti. Allí nos vemos.

Quince minutos después, estaba en la puerta del local esperando a que llegara su amigo, mientras buscaba las palabras por las que comenzar a contarle lo que sus sueños le habían mostrado.

Cuando llegó su amigo, se fundieron en un abrazo mientras éste, preguntaba a su amiga qué había pasado. Eli tomó una gran bocanada de aire antes de comenzar su relato.

—¿Recuerdas a Marla?

—Sí, claro. ¿Qué pasa con ella? ¿No me digas qué os habéis liado? —dijo su amigo elevando las cejas de modo exagerado.

—No, ¿cómo se te ocurre? He vuelto a tener el mismo sueño que ayer, bueno, era diferente, pero ella me recordaba —contestó Elizandhe, mientras jugaba nerviosamente con la manga de su cazadora.

—Vale, me estoy perdiendo, Eli. ¿Qué tiene que ver Mar, con todo esto?

—Es posible que Marla sea la hermana de Anisa. Es más, por todo lo que me contó en el sueño, estoy segura de que es así y me estoy volviendo loca. Chris, necesito descubrir qué está pasando y no tengo a nadie más con quien contar y que no llame al manicomio inmediatamente.

Christian le pidió a su amiga que le contase todo lo que había descubierto mientras se sentaban en un banco que había frente a la entrada del local donde habían quedado.

Cuando acabó de relatar todos los acontecimientos, Christian tomó su teléfono y de forma instintiva buscó el número de Alberto.

—Vale, sabemos que Marla está de retiro a saber dónde. También sabemos que es imposible dar con ella, porque no tiene cobertura. Sabemos que Anisa, vivía con su hermana desde hacía aproximadamente dos semanas, porque su exmujer la maltrataba. Tenemos la dirección dónde vive Mar, pero no sabemos si es cierto que Anisa y Mar son hermanas. Con lo cual, creo que lo primero que deberíamos averiguar, es si la hermana de Mar, se llama Anisa y también averiguar, si se parece a la mujer de tus sueños. Pero ¿cómo vamos a averiguarlo? —cuestionó su amigo acariciándose la barbilla.

—¡Espera! ¿Es posible que Sandra conozca a la hermana de Mar? —preguntó Christian

mientras miraba fijamente a su amiga.

—Vamos a comprobarlo —dijo Eli, mientras sacaba el teléfono del bolsillo interior de su chaqueta.

Sin pensarlos dos veces, buscó el contacto en la agenda y pulsó la tecla de llamada.

—¿Diga?

—Hola Sandra, soy Eli. Perdona por las horas, pero tengo que hacerte unas preguntas. No te habría llamado a estas horas si no fuera realmente importante —dijo Eli avergonzada por no haberse percatado de lo temprano que era aún.

—¡Hola, Eli! No te preocupes, me viene bien madrugar ¿Qué necesitas?

—Verás...Pff, esto, no sé cómo empezar sin que parezca que estoy loca, así que simplemente te pregunto y después trataré de explicarte lo que me pasa ¿vale?

—Me estás asustando. Eli, Dispara de una vez, por favor —respondió Sandra con nerviosismo.

—¿Sabes si la hermana de Mar, se llama Anisa? ¿Es rubia de ojos azul intenso y su ex mujer se apellida Reina? —a Eli le bullía la sangre mientras esperaba las respuestas.

—Vale, a ver. La hermana de Mar se llama Anisa, sí. También es rubia, aunque no me he fijado en el color de sus ojos, sí sé que los tiene claros, pero siempre la he visto de noche y en el local. Lo de la ex, no sabría decirte, pero es posible, aunque Marla la llama, «la Marquesa». ¿Me puedes contar qué está pasando, Eli? —preguntó claramente nerviosa.

—Escucha, necesito localizar a Marla con urgencia, creo que su hermana está en peligro y no tengo ni idea de cómo localizarla

—contestó Eli, aumentando la congoja de la camarera.

—¿Crees que le ha pasado algo en París?

—preguntó desconcertada.

—No llegó a coger el vuelo y creo que es posible que le haya pasado algo, pero no sé cómo se apellida y no tengo forma de comprobar si estoy en lo cierto —contestó Eli mientras las lágrimas brotaban descontroladas de sus ojos.

—Está bien. Hagamos una cosa, sabes donde vive Mar, ¿verdad? Si puedes, acércate y llama al telefonillo a ver si su hermana está en casa, yo voy a llamar a un amigo que vive cerca de donde Marla tiene la casa de retiro. Trataré de que la localice. Quedamos dentro de dos horas en mi casa, ahora te mando la ubicación. Necesito una explicación, Eli.

—Gracias Sandra, ahí estaré.

Unos minutos más tarde, estaban frente al portal de Marla con otro dilema. No sabían ni el bloque ni el piso en el que vivía, y no querían llamar de nuevo a Sandra para no acaparar la línea, por lo que esperaron unos minutos hasta que otro vecino abrió la puerta y aprovecharon para colarse en la finca. Entre los dos, fueron comprobando todos los buzones hasta que dieron con el de Marla, aprovechando para tomar nota de sus apellidos por si no daban con Anisa, y así tener forma de comprobar si se sabía algo en la policía o en los hospitales. Fueron hasta el portal interior y llamaron en repetidas ocasiones al telefonillo, pero no obtuvieron respuesta.

Al cabo de veinte minutos, se dieron por vencidos y se marcharon con la moral por los suelos.

—Deberíamos ir a casa de Sandra, queda un poco lejos y ya empieza a haber tráfico.

—comentó Eli mientras miraba la hora en su móvil.

—Yo voy a casa de Alberto, con tu permiso voy a contarle las sospechas que tenemos de que le haya pasado algo a la hermana de Mar. Tal vez él pueda hacer más.

—Vale, pero omite la parte de que lo sé por mis sueños, por favor. No me gustaría acabar en el manicomio antes de averiguar si todo esto tiene algo de verdad.

—Tranquila, no contaré más de lo estrictamente necesario y omitiré tu capacidad para tener sueños astrales.

—contestó su amigo mientras le guiñaba un ojo y le sacaba la lengua.

Cada uno se fue por su camino después de prometer dar noticias en caso de encontrar algo nuevo. Afortunadamente, Eli no tuvo ningún contratiempo para llegar hasta la dirección que Sandra le había dado. Al llegar, ya estaba esperando en la puerta. Sandra, vivía con su pareja en una casa unifamiliar en las afueras. Hacía un día despejado y decidieron acomodarse en el pequeño jardín de la parte trasera, mientras Rosa, la novia de Sandra, se marchaba a trabajar.

—¿Has conseguido dar con Marla?

—Imposible, ha debido salir temprano, porque mi amigo no la ha encontrado en casa. En cualquier caso, le ha dejado una nota para que me llame en cuanto llegue. Ahora por favor, explícame qué está pasando —contestó asustada.

Eli, comenzó a relatarle los acontecimientos, muerta de vergüenza y miedo. Sabía que era algo muy difícil de entender, que era más propio de una novela de ciencia ficción, que de la realidad. Pero si quería dar con las hermanas, sobre todo con Anisa, debía contarle toda la verdad.

Cuando acabó, la cara de Sandra era un mapa indescifrable. Eli, no sabía dónde meterse y su amiga no decía una sola palabra.

—Vale, te creo. —dijo de pronto la camarera—. Tienes mucha información, aunque no la suficiente como para ser una acosadora. Además, ayudaste a Marla a entrar en su casa la noche que nos conocimos. Aun así, sabes que es bastante increíble lo que me has contado y de necesitar ir a la policía, te pueden tomar por loca.

—Christian ha pensado ya en eso, ha ido a casa de su novio, el policía. Cuando llegamos al edificio de Mar, nos dimos cuenta de que no sabíamos ni el número de portal interior, ni el piso en el que vivía, así que comprobamos los buzones y aprovechamos para apuntar los apellidos por si necesitábamos comprobar en la aerolínea si había cogido ese vuelo o por si necesitábamos llamar a hospitales en caso de no dar con Marla tampoco.

—¿En serio crees que le ha podido pasar algo? —preguntó la camarera preocupada.

—Espero equivocarme, créeme. Pero hay que comprobarlo para salir de dudas.

—Hagamos algo, esperaremos hasta las dos de la tarde. Si no hay señales de Mar, llamamos a los hospitales, ¿de acuerdo?

—propuso Sandra mientras miraba el reloj que llevaba en la muñeca.

—Me parece lo más adecuado, no creo que consigamos mucho por nuestra cuenta a no ser que nos hagamos pasar por Mar.

Cerca de la una y media del mediodía, el teléfono de Eli comenzó a sonar. Su corazón dio un vuelco cuando vio el nombre que reflejaba la pantalla, Christian la llamaría si conseguía averiguar algo, lo único que esperaba, es que no fueran malas noticias.

—Dime Chris —contestó a media voz.

—Hola, Eli. A ver, Alberto ha conseguido localizar a Anisa, pero no te va a gustar lo que tengo que decirte —respondió su amigo claramente afectado.

—Chris, por favor habla. Te pongo en manos libres, estoy con Sandra.

—Alberto ha movido unos cuantos hilos y ha descubierto que Anisa, nunca llegó a subir al avión. Después de hablar con la aerolínea y saber este dato, llamó a sus contactos en los hospitales, le han llamado hace unos minutos para decirle que Anisa está en estado de coma ingresada en el hospital General, ingresó con fracturas múltiples y un hematoma cerebral debido a los golpes. Está estabilizada, pero no ha recuperado la consciencia. Trataron de encontrar a su hermana, pero no hubo manera de dar con ella. Nadie sabe qué pasó, la encontraron en el cuarto

de contadores del edificio contiguo al de Marla —relató Christian, con la voz rota.

Eli, perdió la fuerza en las piernas. Sandra cubría su boca con las manos, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Sandra, soy Alberto, ¿sabes dónde podemos encontrar a Marla?, Necesitamos dar con ella cuanto antes.

—Le paso la dirección a Christian. Le han dejado una nota para que me llamase cuando llegara a casa, pero no lo ha hecho todavía

—dijo Sandra con un nudo en la garganta.

—No te preocupes, daremos con ella hoy mismo y la llevaremos al hospital para que pueda estar con su hermana.

—Alberto, soy Eli. ¿Hay forma de que pueda verla? Sé que no soy pariente cercano, ni siquiera soy su amiga, pero...

—Ni lo menciones, Eli. De no ser por ti, no habíamos podido localizar a su único pariente. Os veo en el hospital en media hora.

Tras colgar la llamada, Sandra y Eli se fundieron en un abrazo. Tras tomarse unos segundos para recuperarse, decidieron ponerse en marcha cuanto antes. Dejaron el coche de Eli y tomaron un taxi, ya que el estado de nervios en el que las dos se encontraban no les permitía centrarse para conducir sin suponer un peligro.

Cuando llegaron a la puerta del hospital, Alberto las estaba esperando. Comenzaron a andar mientras se saludaban para no perder tiempo y las acompañó hasta la UCI donde Anisa estaba ingresada.

—Sólo podéis estar cinco minutos, ¿de acuerdo? —dijo un médico mientras abría la puerta.

—Gracias.

Se adentraron en la habitación, envueltas en los constantes pitidos de las máquinas a las que Anisa estaba conectada. La piel de su rostro, estaba amoratada prácticamente en su totalidad, aun así y a pesar de la deformidad que le habían provocado los golpes y las múltiples cicatrices que tenía en la cara, se intuía su belleza. Tenía un brazo completamente escayolado y llevaba una especie de corsé grueso abrazando su torso. Eli se acercó a ella lentamente y acarició su mano con dulzura mientras una lágrima caía sobre ella. Se acercó lentamente al oído de la mujer que estaba postrada en la cama y le hizo una promesa que daría la vida por cumplir.

—Anisa si puedes escucharme, soy Elizandhe, te he encontrado y no descansaré hasta encontrar a la bestia que te ha hecho esto. Recupérate, por favor. Me gustaría poder mirarte a los ojos mientras estamos despiertas.

Se incorporó girando sobre sus talones y salió de la habitación, deshecha en lágrimas.

Esperó en el pasillo a Sandra mientras pensaba en cómo se había enamorado de una mujer que no conocía, cómo, de alguna manera mística, todos los caminos la habían llevado hasta ella sin darse cuenta. Estaba absorta en sus pensamientos, cuando Alberto apareció por el pasillo.

—Eli, ya hemos localizado a Marla. Ahora mismo está de camino al hospital. ¿Qué vais a hacer?

—Supongo que aquí no podemos hacer nada, así que me iré a casa. Por favor ¿me llamarás si hay cambios o si averiguáis algo sobre la agresión? —pidió Eli en un susurro.

—Claro, marchaos tranquilas, os llamaré con cualquier novedad que tenga.

Sandra salió de la habitación instantes después de que el policía se marchase. Caminaron juntas hasta la salida, Sandra se quedaría esperando a que llegase Marla, pues sabía que le vendría bien un apoyo. Eli necesitaba tomar sus calmantes, el dolor de la mano ya empezaba a ser importante y necesitaba tranquilizarse. Volvería al día siguiente a por el coche o le daría las

llaves a Sandra para que se lo llevase al hospital, ya que tenía la intención de volver al tan pronto como le fuera posible.

Entró en su piso arrastrando los pies mientras se dirigía hasta la cocina, donde tenía los medicamentos que le habían recetado. Se los tomó con un poco de agua y se tumbó en el sofá mientras esperaba a que hicieran efecto. Cerró los ojos permitiéndose unos minutos de descanso mientras la imagen de Anisa volvía a hacer que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Soñando en la nebulosa

Los antiinflamatorios empezaban a hacer efecto y comenzaba a sentirme algo mejor. De repente, me sentía muy incómoda, tenía la sensación de estar durmiendo sobre el frío suelo. Abrí los ojos y me encontré en aquella estancia blanca llena de luz que me llevaba hasta Anisa. Me puse en pie a toda prisa y comencé a correr en busca de la puerta que daba a la habitación donde se encontraba. Cuando llegué hasta ella, la encontré abierta. Esta vez su interior estaba iluminado por la lámpara. Entré en el cuarto y me giré para ver cómo la puerta desaparecía tras de mí.

Caminé con cuidado hacia el centro de la estancia y encontré a Anisa sentada con los ojos cerrados en el sillón orejero. Estaba distinta, parecía en paz. Me acerqué con el corazón en un puño temiendo lo peor, pero cuando llegué donde estaba ella, abrió los ojos para clavarlos en mi alma con una sonrisa maravillosa.

—Me has encontrado —dijo mientras una lágrima caía por su mejilla—. Te he escuchado y te he sentido, ¿eras tú, verdad? —preguntó mientras mostraba una sonrisa triste en los labios.

—Sí, era yo. ¿Recuerdas lo que te pasó?

—No, lo último que recuerdo, es lo que te conté. ¿Qué es lo que me ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Lo sabe mi hermana? ¿Crees que saldré de esta?

las preguntas salían atropelladamente de sus labios y su pecho subía y bajaba rápidamente.

—Eh, Anisa. —dije tomando su mano entre las mías—. Saldrás de esta, ¿vale? Al parecer te dieron una buena paliza. Estás en la UCI, tienes un hematoma cerebral, aunque no es muy grande, te mantienes en coma. Los médicos dicen que es normal y que esperan que despiertes en las próximas cuarenta y ocho horas. Sandra no paró hasta que le dieron toda la información sobre tu estado. Estás en el Hospital General y sí, conseguimos localizar a Marla, a estas horas debería estar llegando al hospital.

—dije acariciando su mano distraídamente.

Levanté la vista y me encontré con el azul profundo de su mirada acercándose lentamente a mí. Sin darme cuenta, bajé la vista hasta clavarla en sus labios entreabiertos. Estaba tan cerca, que podía oír los latidos de su corazón. La punta de su lengua se deslizó por mis labios, erizándome la piel, haciendo que en mi pecho comenzase una batucada descontrolada. Poco a poco, la cordura dejó de tener cabida entre nosotras, tomando el control el resto de los sentidos. Sus labios me cubrían con dulzura y desesperación, nuestras manos comenzaron a explorar por todos los rincones de nuestros cuerpos. Sentí cómo su mano se colaba bajo mi blusa. Mientras sus dedos se dedicaban a torturar mi piel, aparté con la mía la fina tela de su camiseta y tiré de ella para liberarla del amarre de su pantalón, deslizándola lentamente sobre su cabeza para terminar quitándosela. Con la mano que tenía libre, Anisa desabrochó los botones de mi blusa con una parsimonia burlona mientras la otra recorría mi vientre hasta llegar a mi pecho. Un suspiro entrecortado escapó de mis labios, arrancando una dulce sonrisa de los suyos. Busqué a tientas el cierre de su pantalón, deseaba sentirla plenamente. Sus manos dieron con el cierre de mi sujetador, liberando mis pechos, exponiéndolos ante sus ojos hambrientos. El roce de su aliento sobre uno de mis pezones hizo que mis piernas flaquearan y terminase de rodillas frente a ella. La ropa terminó desapareciendo alrededor de nuestros cuerpos desnudos. Su lengua jugaba libremente con mi piel, necesitaba beber de ella, sentirla plenamente. Con cuidado, la hice girar para cambiar nuestras posiciones, mordí la promesa de su cuello, lamí la dulzura de sus pechos

expuestos y bajé lentamente por el valle de su cuerpo hasta el monte de venus, mientras mis manos seguían explorando con ansia cada milímetro de su cuerpo. Sus piernas abiertas frente a mí, me invitaban a beber de su ser y apagar esa sed que inundaba mi cuerpo. Lamí lentamente los pliegues de su sexo, mientras mis dedos jugaban sin terminar de invadir su cuerpo. Su respiración se agitaba con cada caricia de mi lengua, sentía como clavaba sus uñas en mi espalda y arqueaba la suya en busca de más contacto. Aceleré el ritmo de las caricias de mi lengua sobre su excitación y la penetré despacio hasta llegar a lo más profundo, dejando que ella marcara el ritmo de las embestidas. Sentía cómo se empezaban a formar las primeras contracciones alrededor de mis dedos, aceleré nuevamente el ritmo de mi lengua y de las embestidas curvando ligeramente los dedos hacia arriba mientras sentía cómo se crecía el orgasmo en su interior, sus jadeos me llevaban a la locura mientras sentía cómo su humedad cubría mi boca mientras estallaba con la culminación del clímax.

Salí lentamente de su interior y me tumbé a su lado mientras su respiración se normalizaba. Cerré los ojos con la cabeza sobre su pecho, escuchando el rítmico latido de su corazón. Su pierna se coló entre las mías, rozando con ella mi sexo.

—Estás empapada, Eli. Esto no puede quedar así, no sé el tiempo que tendremos hasta que esté sueño acabe y vuelva a estar sola esperándote. Necesito sentirte, saborearte y fundirme contigo.

Se deslizó sobre mi cuerpo hasta llegar a mi centro separando mis piernas con dulces caricias. Comenzó a besar mis piernas mientras me acariciaba lentamente los pechos, pellizcaba mis pezones con la presión justa para excitarme más de lo que ya estaba. Sentía su aliento sobre mis pliegues, sus manos bajaban por mi vientre tenso mientras se acercaba con su lengua hasta el centro del deseo. Comenzó a lamer mi humedad con un deleite asombroso, bajó una de sus manos a mi entrepierna mientras con la otra seguía masajeando mis pechos. Sus dedos me penetraron lentamente mientras su lengua me lamía cada vez con más necesidad. Arquee la espalda buscando mayor contacto y ella introdujo un tercer dedo en mi interior, haciendo que un escalofrío de placer recorriera mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza. Empezaba a sentir las primeras señales del orgasmo nacer en mi interior cuando aceleró el ritmo de sus movimientos, haciéndome estallar en el mejor orgasmo de mi vida.

No sé cuánto tiempo permanecemos abrazadas, en silencio, llenándonos de besos y caricias.

—Prométeme que si algún día despierto, estarás ahí, Aunque solamente sea para poder ver que eres real —dijo Anisa mientras acariciaba mi espalda.

—Te juro que estaré esperándote, no sé si me recordarás, pero no descansaré hasta que encuentre a quien te dejó inmersa en este sueño y cuando despiertes estaré a tu lado para poder perderme en la profundidad de tus ojos.

—¿Qué le vas a contar a mi hermana? Necesitará que le demuestres que no estás loca —dijo Anisa con una sonrisa de medio lado, consciente del escepticismo de su hermana.

—Cuando la veas, dile que nos encontramos cada noche en la profundidad de la novena nebulosa. Ella lo entenderá —dijo mientras agarraba mi cara para besarme por última vez, en este maravilloso sueño.

Una pesadilla muy real

Eli despertó estirándose cuan larga era, como si fuera un gato. Su sueño la había llevado al paraíso y deseaba seguir disfrutando, pero mientras se deleitaba recordando los momentos que había pasado entre los brazos de Anisa, un golpe de realidad en forma de sonido metálico la trajo de vuelta.

Abrió los ojos suspirando sonoramente mientras buscaba su teléfono en la chaqueta que llevaba puesta cuando llegó a casa, pasaban de las diez de la noche y a esas horas solo podían ser dos personas las que llamaban. Localizó el teléfono y su corazón dio un vuelco cuando vio el nombre en la pantalla.

—Sandra, ¿se sabe algo más?

—Hola Eli, no, todo sigue igual. Bueno, parece que hay actividad cerebral elevada. Por cierto —dijo bajando la voz—. ¿No habrás estado soñando con ella por casualidad, no?

—preguntó, haciendo que a Eli le ardieran las mejillas.

—Es posible —admitió recordando el contacto del cuerpo de Anisa con el suyo.

—Vale, no necesito saber nada más. Mar está aquí, quiere verte. Le he explicado un poco lo que pasó y cómo dimos con ella, pero es una escéptica así que prepárate, porque va a costar que lo entienda.

—Me ducho y voy enseguida. Gracias Sandra.

—No hay de qué, yo pasaré después por mi casa para ducharme y coger una muda para Mar, antes de volver al hospital. Te espero y así te traemos el coche al hospital, para que no tengas que moverte en taxi o transporte público.

—Eso sería estupendo, te llevo las llaves entonces. ¿Habéis comido algo?

—Ahora que lo pienso, no y me muero de hambre.

—Vale, os llevo unos bocadillos y algo de fruta, en una hora estaré ahí —ofreció Eli antes de colgar.

Sacó tres flautas de pan individuales del congelador y las metió en la panera para que se hicieran mientras se duchaba.

Metió unas piezas de fruta y unas botellas de agua en una mochila y se metió en el cuarto de baño.

Treinta minutos más tarde, estaba subida en un taxi rumbo al hospital.

Cuando llegó a la puerta principal, Sandra se abalanzó sobre ella y la abrazó con ganas, agradeciéndole todo lo que estaba haciendo. Eli, sacó algo de comida de la mochila que llevaba al hombro y se la entregó a la camarera mientras le preguntaba por Mar.

—Está en la puerta de la UCI, no quiere moverse de allí. Vamos a por ella, tal vez al verte podamos arrastrarla hasta aquí, aunque sea unos minutos. Lo necesita, parece una leona enjaulada —propuso la camarera mientras caminaban hacia el interior del hospital.

Cuando llegaron a la sala de espera, Marla caminaba nerviosa de un lado a otro mirando al suelo. Levantó la vista y conectó su oscura mirada con la de Eli. Marla acertó la distancia que las separaba a grandes zancadas mientras los ojos se le llenaban nuevamente de lágrimas.

Cuando estuvieron a la misma altura, Marla abrazó a sus amigas mientras daba rienda suelta a sus lágrimas y liberaba la tensión que tenía acumulada. A Eli se le cortó la respiración, se temía lo peor a pesar de que Sandra, le había dicho una hora antes que no había cambios.

—Eli, necesito que me expliques qué está pasando, te agradezco todo esto, de verdad, pero necesito entenderlo. Ani no puede darme respuestas, ni siquiera estoy segura de que la locura que me ha contado Sandra, sea medio cierta.

Eli, se quedó pensativa durante unos segundos, ¿qué podía decirle que la hiciera cambiar de opinión? Al fin y al cabo, ella misma sentía que todo lo que le estaba pasando era una jodida locura. Entonces recordó lo que Anisa le había dicho durante su último sueño, y aunque el miedo a que no tuviera sentido invadía parte de su cordura, decidió decírselo, no tenía nada que perder.

—Anisa, me dijo que tú entenderías esto: Nos vemos cada noche en la novena nebulosa.

Los ojos de Marla se salieron de sus órbitas al escuchar las palabras que Eli había pronunciado. Cuando consiguió salir del shock, una sonrisa traviesa comenzó a iluminar su rostro.

—Así que os veis en la novena nebulosa, ¿eh? Ese código sólo lo puede saber alguien en quien Ani confía, jamás he creído en cosas místicas, pero tengo que reconocer que esto escapa por mucho a mi comprensión. En cualquier caso, espero que dentro de poco mi hermana pueda explicármelo con sus propias palabras.

El ruido de unas muletas desvió la atención de las tres mujeres. Christian, caminaba torpemente hacia ellas con el ceño fruncido. Al llegar a su altura, buscó un asiento y se dejó caer en busca de descanso estirando su pierna escayolada.

—Perdonad chicas, pero no puedo más, tengo noticias —dijo de manera despreocupada mientras trataba de recuperar el aliento.

Las tres mujeres le miraron de forma inquisitiva esperando a que soltará la información que traía. Al sentirse observado, se disculpó elevando las manos mientras tomaba una gran bocanada de aire antes de comenzar su relato.

—Eli, ¿recuerdas cómo acabé así?

—preguntó señalando su pierna escayolada.

—Sí, una loca se saltó el semáforo y se te echó encima ¿no? —contestó sin entender a dónde quería llegar.

—Bien, resulta que la bestia parda que casi me mata, se llama Amanda Reina, que resulta ser...

—Es mi excuñada... —terminó Marla por él.

—Parece que las conexiones crecen

—dijo Sandra mientras se frotaba las manos y alzaba las cejas repetidas veces.

—Vaya, ¿cómo lo has averiguado?

—preguntó Eli, tratando de encontrar la conexión entre los dos casos.

—Fácil, resulta que cuando Alberto supo quién era Anisa, se interesó por el caso y sus compañeros le dejaron echar un vistazo al expediente. Esto le llevó a mirar los datos de Ani. En la dirección de su domicilio aparecía otra persona con un nombre que le resultaba familiar, su curiosidad le llevó a introducir el nombre de esta en su motor de búsqueda interno y tras unos segundos devolvió la imagen y los antecedentes de doña *King Kong*, la bestia parda que casi me mata

—contestó poniendo una sonrisa exagerada mientras enseñaba los dientes al acabar su relato.

Todas le miraban con la boca abierta, tratando de asimilar la información que Christian les acababa de soltar.

—Entonces, ¿Amanda sabe que Anisa está aquí? —preguntó Mar con mueca de horror.

—Hay dos teorías sobre eso —dijo Christian, mientras entrelazaba los dedos de sus manos—. Veréis, el contacto de emergencia que tiene Anisa, eres tú, Marla. Al no conseguir localizarte,

trataron de dar con tu cuñada, que sigue siendo su mujer legalmente y por motivos lógicos, teniendo en cuenta el estado de tu hermana, debían dar con un familiar por si la cosa se ponía fea, pero, les fue imposible localizarla. En el despacho dicen que pidió una excedencia hace dos semanas, en el piso que compartía con Anisa antes de separarse, no contesta nadie y el conserje dice que lleva días sin ver a las inquilinas, por no contar con que el coche tampoco aparece. Con lo cual, tenemos que pensar que: Número uno, no se ha enterado de lo que ha pasado y vive en babia, o número dos, ella sabe perfectamente que Ani está jodida y ha decidido esconderse. Si me preguntáis a mí, me decanto por la opción número dos...

—¿Creéis que Amanda tuvo algo que ver con lo que le ha pasado a Ani? —preguntó Marla mientras fruncía el ceño.

—Es una posibilidad, el problema está en que, a pesar de que los aquí presentes sabemos de la naturaleza agresiva y controladora de ella, no existe ninguna denuncia por agresión a parte de la mía, que no tiene que ver, claro está. Así que hasta que tu hermana sea capaz de contar lo que pasó, estamos en un punto muerto

—respondió Christian, encogiéndose de hombros.

—Bueno, yo me voy, que Rosa está esperándome en la entrada del hospital. Marla si me dejas las llaves de tu casa, te traigo algo de ropa para que puedas cambiarte.

—Espera, Sandra. Tengo una idea mejor, si a Mar le parece bien —sugirió Eli, buscando su aprobación—. Podemos acercar a Marla a su casa y la recojo yo con mi coche para volver, así podéis descansar vosotras —sugirió mientras alternaba la mirada entre las dos.

—Te vendrá bien, Mar. Yo me quedaré aquí sentadito vigilando aquella puerta cual *Pitbull*

—dijo Christian, hinchando el pecho para adoptar pose de guardaespaldas y provocando así sonoras risas a su alrededor—. Tranquila, Alberto vendrá en diez minutos. Esperaremos hasta que lleguéis y si hay alguna novedad os llamaré, ¿de acuerdo?

—Gracias chicos, la verdad es que no sé cómo habría llevado esto de no ser por vosotros. De hecho, ni siquiera me habría enterado de que mi hermana está aquí —dijo Marla apretando suavemente el hombro de Eli, en gesto de gratitud.

Aproximadamente una hora después, se encontraba Eli frente al portal donde vivía la hermana de Anisa.

Afortunadamente, encontró un aparcamiento libre que le permitió apagar el motor y acomodarse en el asiento mientras esperaba a que Marla bajase.

Cerró los ojos un instante pensando en la gran aventura que estaba viviendo, cuando un fuerte olor a jazmín hizo que un escalofrío recorriera su columna vertebral. Abrió los ojos de golpe, con el corazón desbocado. De nuevo, se había quedado dormida.

El sueño prometido

Al abrir los ojos, no me sorprendió encontrarme en aquella estancia blanca que me llevaba hasta Anisa. Recorrí el largo tramo hasta la puerta que me separaba de ella y entré con decisión.

Ani, estaba tumbada en el sofá con los ojos cerrados y la respiración acompasada, me acerqué a ella y besé sus párpados mientras acariciaba lentamente su mejilla.

—¡Has vuelto! —susurró mientras abría los ojos.

—Claro que he vuelto, ¿lo dudaste en algún momento? —dije antes de besar sus labios con dulzura.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? Aquí tengo la sensación de que los minutos se convierten en horas cuando no estás conmigo.

—En realidad, han pasado cuatro horas desde que me desperté —respondí sentándome en el suelo para estar junto a ella.

—Cuando te vas, es como si te difuminases, como si fueras una acuarela que se disuelve en el mar, dejando partículas de color allí por donde has pasado. Es un espectáculo precioso, pero lo que queda cuando te has ido, es el vacío más absoluto y sentir todo esto, me da mucho miedo. No sé quién eres, pero siento que te conozco desde siempre, que todo esto es una locura a la que no quiero ponerle freno. Temo despertar y que solo seas una ilusión creada por mi mente, hecha para ayudarme a pasar esta horrible situación de la mejor manera posible. Tengo miedo de estar enamorándome de una ilusión creada por mi mente.

—Te comprendo, preciosa. Cuando empecé a soñar contigo, sentía una fuerza magnética que me llevaba a ti, daba igual el lugar, la época o la situación. Sólo sentía que debía llegar hasta ti. Cada día, despertaba con la misma sensación de soledad y vacío, cada día te buscaba entre la mirada de la gente y ¿sabes? Te seguiría buscando, aunque se me fuera la vida en ello. Cuando despiertes, estaré a tu lado.

Los ojos de Anisa, brillaban intensamente bajo la luz de la lámpara, sus labios temblaban ligeramente mientras me acercaba a ella para besarla. Hicimos el amor lentamente, sin prisas. Deleitándonos con las sensaciones que nos provocábamos mutuamente. Nos dejamos llevar por la locura y la pasión, olvidando durante esos instantes toda preocupación.

—¿En qué piensas, Anisa?

Ella me miró fijamente con un leve temblor en los labios y tomó mis manos entre las suyas para besarlas antes de contestar.

—Tengo miedo, Eli. Temo no volver a verte. Siento que todo esto es una locura. No sé cómo ha pasado, pero me he enamorado de ti, y no sé si podré soportar que no seas real.

—Cariño, te comprendo. Yo me sentía igual que tú, hasta que te he visto con mis propios ojos. A decir verdad, sigo teniendo miedo de que cuando despiertes, no me reconozcas. Yo también me he enamorado de ti, Anisa.

—confesé antes de acomodarme en su pecho mientras dibujaba formas imaginarias en su abdomen.

Llevábamos un largo rato abrazadas regalándonos lo mejor de nosotras, no importaba nada más en ese momento hasta que llegó la despedida. Con el paso de los sueños, desde que estaba junto a ella, había aprendido a identificar el preludio al despertar, aunque me negaba a aceptarlo.

—¿Qué piensas, Eli?

—Que no quiero despertar, pero se acerca el momento. —contesté entristecida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó mientras se incorporaba para mirarme directamente a los ojos.

—Porque estoy oyendo claramente a tu hermana llamándome mientras golpea la ventanilla del coche. Sandra la llevó a su casa para que pudiera darse una ducha, cambiarse y coger una muda limpia por si acaso, yo debía recogerla. Cuando llegué, aún faltaban veinte minutos hasta la hora acordada, así que aparqué y me relajé en el asiento, pero me quedé dormida, y no me arrepiento.

—Hay Dios, pobre Marla... —respondió Anisa muerta de risa.

—Oye, que la que se va a enfrentar al cabreo de tu hermana soy yo —protesté dándole una suave palmada en el hombro—. Vamos al hospital, estate atenta ¿vale?, Intentaré pasar a verte.

—Te estaré esperando... —contestó mientras se acercaba para devolverme a la vida real con el más dulce de los besos.

Caballero de brillante muleta

El golpeo insistente sobre la ventanilla del conductor, sacó a Eli de su sueño. Se incorporó en el asiento y accionó la apertura de puertas, permitiendo que Marla entrara en el coche.

—¿Qué coño ha sido eso, Eli? —Preguntó Mar, preocupada y molesta a partes iguales.

Eli, notó como el calor subía por sus mejillas mientras buscaba una excusa absurda ante un hecho tan evidente, como que se había quedado dormida. Marla, al ver el rubor en las mejillas de su amiga, no pudo más que echarse a reír mientras pensaba, que seguramente la había sacado de uno de esos sueños que su hermana y ella, llamaban la novena nebulosa. Durante la adolescencia, habían ideado un código con el que referirse a sus sueños, inquietudes y fantasías sin que sus padres supieran de lo que hablaban. Por ejemplo: ver a alguien en la novena nebulosa, significaba que habían tenido un sueño erótico con la persona de la que se estaban enamorando. Las hermanas, siempre habían estado muy unidas y el hecho de que sólo se llevarán un año de diferencia, favoreció la estrecha relación que tenían. Aprendieron a cuidarse y escucharse, a protegerse y ser sinceras siempre que lo necesitasen. Sus padres trabajaban de sol a sol, buscando darles lo mejor. Su padre, consiguió abrir su taller de ebanistería después de veinte años en el país, ya que tuvo que emigrar muy joven desde Jordania. A su madre, la echaron de casa cuando sus abuelos se enteraron de que estaba saliendo con un inmigrante. Así pues, empaquetaron sus pocas pertenencias y viajaron al norte en busca de trabajo. Ella, comenzó a ofrecerse como costurera. Él hacía chapuzas por el pueblo, hasta que el ebanista que había, le tomó como su pupilo. Así consiguieron formar un hogar que no tardó en crecer. Su padre, murió de un infarto mientras dormía, cuando ellas estaban en la veintena y su madre las dejó hacía tan sólo dos años, presa de una enfermedad neuronal. Desde entonces, las dos hermanas eran las únicas de la familia, su padre era huérfano, y sus abuelos maternos hacía años que habían fallecido también, aunque jamás tuvieron relación estrecha con ellos.

Una lágrima rebelde resbaló por la mejilla de Marla, mientras navegaba en el mar de los recuerdos.

—¿Estás bien, Mar?

—Sí, lo siento. Estaba recordando y me he emocionado.

—Entiendo, a mí también me pasa. Además, debes tener los nervios a flor de piel, y que te haya tenido diez minutos golpeando mi ventanilla no ha debido ayudar... —dijo Eli con la intención de cambiar el humor de su amiga.

Permanecían paradas en un semáforo cuando se miraron y estallaron en carcajadas obligando a Eli a estacionar en doble fila hasta que consiguieron calmarse.

—Gracias, Eli. Por todo, has sido como un oasis en el desierto. Creo que seremos buenas amigas y si mi hermana y tú termináis juntas cuando acabe toda esta pesadilla, espero tenerte como cuñada durante mucho tiempo. Creo que mereces la pena.

Ahora era el turno de Eli, para llorar. Las palabras que habían salido de la boca de Marla, perforaron la armadura de su alma para instalarse en lo más profundo de su ser, y sentía que todas ellas eran sinceras.

Unos minutos más tarde, estacionaban en el aparcamiento del hospital.

—¿Te importa que me quedé? Prometo no molestar, necesito estar cerca de tu hermana.

—Claro que no me importa, podemos charlar mientras no estemos con Ani. Así podemos

turnarnos, yo tampoco quiero dejarla sola. Tengo miedo de que aparezca Amanda y le haga algo.

—No permitiremos que vuelva a acercarse a ella. —dijo Eli, antes de salir del coche.

Estaban llegando a los ascensores, cuando los teléfonos de Eli y Marla, comenzaron a sonar. Las dos se miraron desconcertadas durante unos segundos antes de buscar sus respectivos móviles y descolgaban a la vez.

—¡Dime, Chris!

—Eli, ¿dónde estáis? —preguntó apremiante.

—Estamos en el vestíbulo, frente a los ascensores, ¿por qué? ¿Ani está bien?

—Sí, está bien, tranquila. Os espero en la sala, ahora os cuento.

—¡Chris! —llamó a su amigo, pero él ya había cortado la llamada.

Marla, se encontraba en la misma situación que Eli. A ella, le había llamado Alberto, pero al enterarse de que estaban en el hospital, le dijo que se lo explicaría en persona y que subieran a la sala de espera.

Una vez arriba, las dos avanzaban por el corredor a toda prisa con el corazón desbocado temiéndose lo peor a pesar de que tanto Alberto como Christian, les habían dicho que Anisa, se estaba bien.

Al final del pasillo que daba a la sala de espera, Christian y Alberto permanecían sentados a la espera de su llegada, pero la visión de dos policías uniformados en la entrada de la uci, no resultaba tranquilizador.

—¿Qué ha pasado?

—¿Dónde está Anisa?

—¿Le ha pasado algo?

—¿Por qué hay dos policías en la puerta?

—Por favor, Alberto, dime que mi hermana está bien.

Las dos mujeres hablaban atropelladamente, tratando de descubrir qué había llevado a sus amigos a llamarles con tanto apremio segundos antes.

—Tranquilas, Anisa está bien. Sentaos, por favor. —trató de tranquilizarlas Alberto con un gesto de la mano en señal de invitación.

Las dos mujeres, obedecieron con la esperanza de que el policía las sacase de sus dudas.

—Por favor, Alberto, habla. ¿Qué está pasando? —preguntó Eli, nerviosa.

—Se trata de tu cuñada, Marla —dijo Alberto, con el semblante serio.

—¿Qué pasa con ella?

—La pillé cuando intentaba inyectar algo en la vía de tu hermana. —respondió Christian antes de que Alberto le lanzara una mirada asesina.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! —soltaron las mujeres al unísono poniéndose en pie de inmediato.

—Tranquilas, no lo ha conseguido. Christian entró detrás de ella y la detuvo, aunque no pudo retenerla y escapó

—contestó el policía señalando la pierna de Christian mientras alzaba el otro brazo para tratar de calmarla y que volvieran a tomar asiento.

—No debió reconocermé, cuando vi que entraba, la seguí con las muletas en la mano para evitar hacer ruido y cuando vi que sacaba del bolsillo una jeringuilla, le aticé con la muleta en el costado. Soltó la jeringa y salió corriendo.

—comentó Christian, restándole importancia a su acción.

Marla, se llevó la mano al pecho tratando de calmar los nervios que se acumulaban en su interior, al tiempo que se inclinaba hacia su amigo para abrazarlo en señal de gratitud. Eli, hervía en ira, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Sabéis qué contenía la jeringa?

—No, la hemos mandado al laboratorio, no tardarán en tener los resultados. Mis compañeros harán guardia toda la noche y mañana vendrá un compañero en el cambio de turno para hacer la guardia conmigo. Hemos dado orden de busca y captura, así que si saca la cabeza de su escondite, la detendremos. Está acusada de intento de asesinato, tenemos las imágenes de ella entrando en el hospital y en la planta de uci. No llevaba guantes, así que hemos podido sacar huellas de la jeringuilla. Va a pasar una buena temporada en chirona —sentenció Alberto.

Tanto Marla como Eli, se relajaron al escuchar que habría seguridad las veinticuatro horas hasta que dieran con la psicópata de Amanda, pero necesitaban comprobar con sus propios ojos, que Anisa seguía en el mismo estado y lugar donde se encontraba la última vez que la vieron.

Eli, esperaba sentada junto a su amigo Chris guardando silencio, mientras éste frotaba su espalda de forma tranquilizadora. Alberto, se marchó minutos antes a regañadientes, obligado por los demás para que estuviera descansado cuando llegase su guardia. Al cabo de media hora, Marla salía por la puerta que daba a la uci, con el gesto más relajado mientras el médico de guardia llegaba hasta ella.

—Buenas noches, es usted la hermana de Anisa, ¿verdad? —preguntó mientras miraba el expediente que llevaba en la mano.

—Así es, ¿hay algún problema más con mi hermana?

—Al contrario, señorita. El hematoma se ha reducido prácticamente por completo, las imágenes iniciales, mostraban un hematoma occipital de seis centímetros de diámetro con fisura craneal. Le repetimos las pruebas después del incidente de esta noche y se ha reducido a dos centímetros, la fisura sigue su recuperación con normalidad y se aprecia la actividad cerebral normal, dentro de las circunstancias. Esperamos que con este tipo de recuperación, su hermana despierte en cualquier momento ya que hemos reducido la sedición para favorecerlo, aunque seguimos administrando analgesia y antiinflamatorios por vía intravenosa para mitigar los dolores.

—Gracias, doctor —se despidió Mar, sintiendo como desaparecía de su pecho la enorme losa que la había estado oprimido desde que supo que su hermana estaba ingresada en la UCI.

Al llegar junto a sus amigos, Marla les relató lo que el doctor le había estado diciendo, provocando un abrazo grupal, presas del desahogo y la alegría por la mejoría de Anisa.

—Eli, ¿por qué no entras a verla?

—¿Puedo?

—¿Por qué no ibas a poder, Eli? De no ser por ti, Christian no habría estado aquí para pararle los pies a la versión sádica de *King Kong* y mi hermana posiblemente estaría muerta y yo no me habría enterado porque seguiría en mi retiro hasta dentro de cuatro días. Además, si mi hermana se entera de que no te he dejado entrar a verla, sabiendo que os veis entre nebulosas, me mata —respondió Marla, provocando que a Eli se le instalase en las mejillas un poco favorecedor color carmesí y haciendo que su amigo se quedase con cara de desconcierto.

Eli, se puso en pie en silencio mientras le agradeció con un gesto sus palabras y se encaminó hacia la puerta tras la que se encontraba la mujer de sus sueños.

Se acercó silenciosamente hasta la cama donde se encontraba Anisa y tomó su mano con ternura mientras se inclinaba para besar suavemente su frente magullada antes de susurrarle al oído.

—Ya estoy aquí, preciosa. Si puedes escucharme, quiero que sepas que me las vas a pagar, tu hermana no para de meterse conmigo por la historia de la novena nebulosa —dijo Eli tratando de contener la risa para evitar el escándalo—. Esperan que despiertes pronto, el hematoma se ha

reducido muchísimo y te han reducido la sedición. Estoy deseando poder mirarte a los ojos y besar tus labios de forma consciente. Descansa, cariño. Hasta entonces, te veré en el siguiente sueño —prometió antes de besar de nuevo su frente.

Después de unos minutos, salió para reunirse con sus amigos, mientras pensaba que debía haberse tomado su medicación antes de volver al hospital. Le ardía la mano y conducir, no la había ayudado.

—¿Te encuentras bien, Eli? —Preguntó su amigo preocupado.

—Me duele la mano, pero ya se me pasará, tranquilo.

—Eli, no tienes buena cara, te quedas dormida en cualquier parte y se nota que te duele bastante —dijo Marla mientras señalaba el vendaje que tenía en su mano—. Hagamos una cosa, vete a casa, toma algo para el dolor, acuéstate un poco y paso a recogerte cuando hagan el cambio de turno, si no hay cambios, nos turnaremos y me iré yo a descansar. Si por el contrario hay algún cambio en el estado de mi hermana antes de que vaya a buscarte, te llamaré. ¿De acuerdo?

Eli, suspiró sabiendo que su amiga tenía razón y le entregó las llaves de su coche.

—Christian, vete tú también. Necesitas descansar y poner esa pierna en alto. No quiero acabar en la cárcel por atentar contra tu salud —ordenó Marla, reprimiendo con la mirada a su amigo, haciendo que éste, acatase la orden con gesto militar.

Los dos amigos tomaron un taxi y se marcharon a sus respectivas casas.

Eli entró en la suya y fue directamente a por los antiinflamatorios, Engullendo dos de golpe y dejándose caer después sobre su cama con los ojos cerrados, esperando a que le empezase a hacer efecto.

Al final del sueño

No sabía el tiempo que llevaba tumbada sobre mi cama aún por deshacer, cuando el olor a Jazmín fresco volvió a invadir mis sentidos, haciendo que abriese los ojos de golpe. Me incorporé rápidamente y eché a correr por aquella estancia blanca que tan bien conocía ya, abrí la puerta de golpe encontrándome con la dulce sonrisa de Anisa esperándome.

—¿Así que me la tienes jurada, eh? —me dijo mientras la estrechaba entre mis brazos.

—¡No sabes la vergüenza que me hace pasar tu hermana cuando tiene ocasión!

—Reconozco que a veces es peor que un dolor de muelas, cuando sabe cómo pincharte, no para, pero es una buena persona.

—Eso lo sé, he tenido mucha suerte al encontraros en mi camino —contesté antes de besar sus labios.

—Mmm, te echaba de menos —dijo después de saborear mis labios—. ¿Tan mal estoy para que no me beses ahí fuera?

—Da igual tu estado físico para besarte, Anisa. Estás inconsciente y a pesar de lo que ha pasado entre nosotras en nuestra nebulosa particular y los sentimientos que han nacido, te respeto.

—¿Dónde has estado, toda mi vida?

—preguntó Anisa con los ojos brillantes por la emoción que había sentido al escuchar mis palabras.

—Pues, por lo que se ve, he estado buscándote.

—Gracias, por encontrarme y por no rendirte, Elizandhe.

Permanecemos abrazadas una frente a la otra, alimentándose de nuestra presencia, el tiempo dejaba de tener sentido en este lugar. Todo se sentía doblemente, magnificando los sentidos, haciendo que el amor que sentía hacia Ani, me cubriera por completo.

A la tenue luz de la lámpara, sus ojos brillaban como zafiros resplandecientes, sus labios sonrosados, me llamaban en un canto mudo susurrando sin palabras una promesa eterna.

De repente, comencé a notar que su agarré se hacía más liviano, miré su cuerpo abrazado al mío, parecía que todo seguía igual, pero notaba un cambio extraño. Alcé la mano para acariciar su mejilla y al hacerlo, miles de partículas coloridas llenaron el espacio, su cuerpo se desvanecía entre mis brazos en un hermoso juego de colores mientras ella me sonreía. Cerré los ojos tratando de retenerla a mi lado, luchando contra el vacío que se estaba apoderando de mí ser, pero nada de lo que hiciera resultaba efectivo.

—Ha llegado el momento, Eli ¡Despierta!

Despierta

Eli, despertó sobresaltada tratando de ubicarse, aún era de noche y un silencio ensordecedor cubría la estancia. Temiéndose lo peor, se puso en pie a toda prisa y salió corriendo en busca de su teléfono, ya que al llegar, presa del dolor que sentía en la mano, lo había dejado en la mesa del salón de forma despreocupada.

La melodía de llamada comenzaba a sonar cuando llegó hasta él, haciendo que su corazón se saltara varios latidos al ver el nombre que se reflejaba en la pantalla.

—Marla, dime que está bien. —pidió Eli nada más descolgar.

El sollozo que escuchaba tras el auricular, hizo que se formase un nudo alrededor de su garganta cortándole la respiración momentáneamente.

—Eli, ¡está despierta! —contestó Marla emocionada mientras trataba de recuperar la compostura—. ¿Puedes venir? No creo que sea capaz de conducir ahora mismo.

—preguntó suspirando y sorbiéndose la nariz.

Eli, liberó el oxígeno que había estado reteniendo en sus pulmones y dejó escapar en forma de lágrimas, todas las emociones que había estado reteniendo.

—¿Eli?

—Sí, perdona Mar, voy para allá.

Entró al baño a asearse rápidamente, agarró su bolso y se marchó para conocer en persona a la mujer de sus sueños.

Pasaban de las tres de la madrugada, cuando llegó al hospital. Corría por los pasillos, debatiéndose entre la alegría y el miedo mientras se dirigía a la sala donde Marla la estaba esperando.

El pasillo estaba desierto a excepción de la figura de su amiga qué estaba de pie, junto a la pareja de policías que guardaban la puerta de entrada a la uci. Cuando está se percató de la presencia de Eli, echó a correr a su encuentro con una sonrisa radiante fundiendo en un emotivo abrazo.

—Está despierta, Eli. —dijo Marla mientras la abrazaba—. Ahora la están des intubando y se la llevarán para hacerle unas pruebas, me ha dicho el doctor que si todo está bien, la pasarán a planta en breve.

Eli seguía en shock, no había nada que desease más que poder mirar a los ojos a Anisa, pero el miedo al rechazo la mantenía muda y paralizada, dato que no pasó desapercibido para Marla.

—¿Qué te pasa, Eli? ¿Qué te preocupa?

—preguntó mientras alzaba la barbilla de su amiga con suavidad.

—¿Y si no me reconoce? Ahora que ha despertado y sé que está vigilada, no puedo parar de pensar en ello —contestó hecha un manojo de nervios.

—Estaba con ella cuando se despertó, no podía hablar por la intubación, pero en lugar de mirarme a mí, buscaba a mi alrededor. Así que le pregunté si era a ti a quien buscaba y la lágrima que resbaló al nombrarte, fue suficiente para saber que necesitaba verte. Por eso te llamé cuando aún no podía mantener la compostura. Ni sé, ni entiendo qué fuerza mística os ha unido, pero puedo asegurarte que después de casi cuarenta años siendo escéptica, hoy he empezado a creer.

Las palabras de Mar, abrieron una puerta de esperanza, barriendo sus dudas casi por completo.

Eli, necesitaba verlo con sus propios ojos, sentirlo en su piel, para saber que aquello no seguía siendo un sueño.

El sonido de las voces, llamó la atención de las dos. Cuando se giraron, encontraron al doctor dirigiéndose hacia ellas junto a uno de los policías.

—Su hermana está estable y respira con normalidad una vez desintubada y dentro de las circunstancias, aunque permanecerá con oxígeno durante las próximas horas. Sus constantes son normales y las lesiones evolucionan de forma favorable. Hemos procedido al drenaje de uno de los hematomas faciales y le hemos dejado un drenaje para evitar coagulación. La están aseando y enseguida la subirán a planta. El agente las acompañará hasta la habitación y nosotros subiremos a la paciente con su compañero. Su hermana debe evitar hablar durante mucho tiempo, ahora mismo tiene una inflamación importante debida a las horas de intubado, así que debe reposar para evitar lesiones en las cuerdas vocales. Si hay algún problema en planta, den aviso y pasaré enseguida a verla. Las dejo con el agente para que puedan reunirse con ella.

—Gracias, doctor —dijo Marla estrechando su mano con afecto.

—¿Estás preparada? —preguntó dirigiéndose a Eli, cuando se marchó el doctor.

—No sé si estoy preparada, pero lo estoy deseando.

Dicho esto, las dos mujeres comenzaron a caminar detrás del policía que las guiaba, caminaban en silencio agarradas del brazo mientras se daban apoyo mutuo. Al llegar frente a la puerta donde estaba Anisa, Eli se paró en seco mientras trataba saliva, con el corazón desbocado y un temblor nervioso en la barbilla. Tomó aire y lo soltó lentamente mientras trataba de tranquilizarse, cerró los ojos y entonces, un fuerte olor a jazmín llegó hasta ella, sabía que no estaba soñando sentía que todo era más real de lo que nunca antes lo había sentido. Tomó aire de nuevo, abrió los ojos y sonrió a Marla mientras abría la puerta tras la que estaba su amada.

Anisa, tenía los ojos cerrados cuando llegaron a su lado, Mar se quedó rezagada para darles unos minutos de intimidad a su hermana y a su amiga. Eli, se inclinó sobre la cama y besó con dulzura la frente de Ani, mientras entrelazaba su mano con la de ella.

—Eh, ahora no tienes excusa, quiero mi beso —dijo Anisa con un susurro y la voz rasposa.

Jamás escuchar una voz, le había producido tanta alegría a Eli. Bajó la mirada lentamente y se encontró con aquellos ojos azules con los que había estado soñando, pero ahora, eran reales. Acarició su mejilla con mano temblorosa y depositó un dulce beso en sus magullados labios, haciendo que su corazón comenzase a dar saltos mortales—. Mmm, mucho mejor.

—Tenía mucho miedo, ¿sabes?, pensé que no me recordarías, que cuando despertases, pensarías que todo había sido producto de tu mente.

—Eres el sueño más real y maravilloso que he tenido en mi vida, Eli.

Elizandhe volvió a posar con delicadeza sus labios sobre los de Anisa, demorando el contacto más de lo que anteriormente lo había hecho.

—Vale, vale... Dejad un poco para vuestras nebulosas, anda. Yo también quiero ver a mi hermanita —interrumpió Marla, mientras se acercaba a la cama—. Además, ha dicho el doctor, que no fuerces la voz. Mañana estarás mejor y podrás hablar con más normalidad, pero ahora necesitas reposo —dijo llegando a su lado mientras Eli se apartaba para dejarle paso hasta poder situarse junto a su hermana.

Estaba amaneciendo cuando comenzó a sonar el teléfono de Marla, quien salió de la habitación para no interrumpir el descanso de su hermana mientras Eli permanecía a su lado. Unos minutos más tarde, Marla asomó la cabeza haciéndole un gesto a Eli para que la acompañase.

—¿Ha pasado algo, Mar?

—Han pillado a Amanda, intentaba huir por Mar en la lancha de un amigo suyo. La guardia costera la detuvo antes de que saliera del muelle, ya que las condiciones de la marea prohibían el tránsito hasta que se normalizara por riesgo de colisión. Cuando comprobaron su identidad, la detuvieron de inmediato. Supongo que se creyó más lista de lo que realmente es. Por otro lado, Alberto me ha dicho que han encontrado imágenes del día de la agresión, los vecinos del portal donde apareció, instalaron una cámara hace un par de años, hartos de que se engancharan a sus contadores y guardan las imágenes durante dos meses. Al parecer, encontraron a Ani el día siguiente a la agresión porque el monitor estaba roto y el conserje estaba haciendo un apaño en uno de los pisos superiores, pero por fortuna la grabación se subía directamente a un archivo de la nube. ¿Adivinas a quien se ve en las imágenes?

—Amanda.

—Amanda, sí —corroboró Marla mientras apretaba la mandíbula.

El rítmico replicar de unas muletas golpeando contra el suelo, hizo que las dos amigas desviasen la vista en su dirección. Christian, caminaba rápidamente hacia ellas con una sonrisa deslumbrante.

—Supongo que ya te habrá llamado Alberto ¿no? —preguntó al llegar junto a ellas.

—Acabo de hablar con él, sí.

—¿Cuánto te ha contado? —preguntó Christian con un brillo perverso en la mirada.

—¡Habla Chris! —exigió Eli, dándole una palmada cariñosa en el hombro.

—¡Auch!, vale, vale. Resulta que tu querida cuñada, tenía «una amiguita»

—recalcó Christian abriendo y cerrando comillas con los dedos, de forma exagerada y tatral —. El día que le dio la paliza a tu hermana, fue a casa de la mujer en cuestión y cuando llegó, tenía la ropa ensangrentada y en una de las manos una marca bastante extraña. La amante de *King Kong*, se asustó al verla en ese estado y con la ropa así. Quiso llamar a emergencias, pero tú cuñada se empeñó en que había tenido un accidente, pero que estaba bien, que únicamente necesitaba ducharse y cambiarse de ropa. La chica, sabiendo el carácter que tiene, no le debatió, pero cuando vio que tiraba la ropa a la basura, esta se ofreció a tirarla mientras se aseada y descansaba un poco. Cuando tú cuñada se metió en el baño, agarró la bolsa donde había metido la ropa, la llevó al trastero y fue al garaje para verificar el estado del coche. Cuando lo encontró, el coche no tenía ni un rasguño, pero en la zona del maletero había lo que le parecieron, manchas de sangre, así que le sacó unas fotografías con su móvil y guardó una copia encriptada en la nube, para borrar el rastro del móvil y que en caso de que tu cuñada mirase el teléfono (cosa que era muy habitual al parecer) no las descubriese. Por desgracia, no pensó en coger las llaves del coche, pero esas manchas le daban muy mal rollo, así que golpeó el maletero con los nudillos, pero no oyó nada. Se fue de vuelta a su casa, con la intención de llamar a la policía en cuanto la otra saliera de su casa, pero parece que tu cuñada tenía otros planes. Así que tuvo que esperar hasta que se marchase, que fue de madrugada, cosa que le extrañó también. Se hizo la dormida y esperó a oír la puerta para levantarse. Cuando oyó el ascensor, salió y bajó por las escaleras hasta el portal para entrar desde ahí a los trasteros, pero cuando fue a entrar al corredor que da a los trasteros comunitarios, tuvo que dar marcha atrás, aunque dejó una pequeña abertura cuando vio que Amanda llevaba a una mujer a rastras, de esa manera pudo verlo todo. Resulta que el cuarto de contadores donde apareció Anisa, da al mismo corredor, pero para llegar hasta él hay que pasar muy cerca de la entrada que da al portal. La chica se lo pensó mejor y subió a su piso a por el teléfono para llamar a la policía, pero el teléfono no aparecía. Cuando salía a buscarlo al salón, apareció la psicópata y le dio tal paliza, que la chica acabó en urgencias inconsciente. Cuando se despertó, pidió que llamasen a la policía para denunciar una agresión y un asesinato. Así fue

como encontraron a Anisa, porque el monitor sigue estropeado y al parecer al conserje le gusta hacer apaños en casa de una vecina de los pisos superiores.

—Espero que se pudra en la cárcel

—sentenció Marla, secundada por Eli, haciendo un gesto despectivo dirigido hacia la nada.

—¿Crees que deberíamos decírselo?

—preguntó Christian, señalando hacia la puerta.

—Debe saberlo, pero esperemos hasta que se despierte, ahora sé que está descansando

—dijo Marla guiñándole un ojo a Eli y provocando una vez más el rubor de sus mejillas.

La mujer de mis sueños

Abrí los ojos y me encontré con su maravillosa mirada azul, sentía su mano aferrada a la mía con fuerza. Sabíamos que a partir del momento en el que bajaremos del avión, deberíamos controlar las muestras de afecto así, que me incliné hacia ella y me llené de sus labios antes de pisar suelo jordano.

Una vez fuera del aeropuerto, subimos al autobús que nos llevaría hasta el hotel frente a la entrada de la ciudad de Petra. Tres horas y media después, entrábamos en nuestra suite, la mejor del Hotel Resort *Dreams*, la número ciento veintiséis.

La noche caía sobre la ciudad del «*Khaz eh*», cubriendo de millones de estrellas el cielo que teníamos sobre nosotras. Tomé de la mano a Anisa y la guíe hasta el amplio balcón privado.

—Es precioso, ¿verdad?

—¡Es único! —respondió Anisa.

Metí la mano en mi bolsillo y saqué la joya que había estado guardando en secreto desde hacía varias semanas.

—Anisa —susurré en su oído mientras la abrazaba desde atrás—. Te encontré en mis sueños, me enamoré de ti y nos entregamos por primera vez en un de ellos —dije mientras tomaba su mano—. ¿Me concederías el sueño de casarte conmigo?

—pregunté mientras insertaba el anillo en su dedo.

Anisa se giró con lágrimas en los ojos y me besó mientras movía la cabeza de manera afirmativa.

—¿Cómo podría decirle que no, a la mujer de mis sueños?

FIN

AGRADECIMIENTOS

He pasado horas tratando de encontrar las palabras adecuadas para esta parte, pero creo que no hay suficientes en el vocabulario, para expresar mi gratitud, aunque lo intentaré expresar de la mejor manera.

Gracias, Marta. Por darme alas, por apoyarme y aconsejarme. Por el tiempo invertido en ayudarme a mejorar, pero sobre todas las cosas, gracias por haber aparecido en mi vida, dando luz a mi camino. Te quiero.

Gracias mamá, porque tú me enseñaste el valor de las historias y el conocimiento y por animarme siempre a hacer lo que a mí me hacía feliz. Te quiero mamá.

Gracias, Mariano y Mari Carmen. Por ser pilares fundamentales en mi vida, por vuestro apoyo incondicional y por vuestro cariño.

Gracias, Yoli. Por tus palabras de aliento, por las risas, por los llantos, por compartir tu amistad conmigo, por todo ese apoyo incondicional que me das.

Gracias infinitas, L. Por abrirme un nuevo camino y por confiar en mí cuando nadie me conocía.

Gracias, Paula y Débora. Por vuestro apoyo y vuestra amistad.

Gracias, Simons. Por tu confianza, por instarme a publicar y seguir escribiendo.

Gracias, Yasmina. Por aparecer en el momento justo, por el cariño y el apoyo. Por tus consejos para no estrellar el ordenador a la hora de maquetar y por confiar en mí, como amiga y como ilustradora.

Por último y no menos importante, porque el orden de los factores no altera el producto, gracias a ti. Jamás pensé que llegaría este día, pero aquí estamos. Tú leyendo estas palabras y yo soñando con que te hayan gustado. En cualquier caso, gracias por haberme dedicado tu tiempo y por haberte adentrado en esta, mi primera historia.